

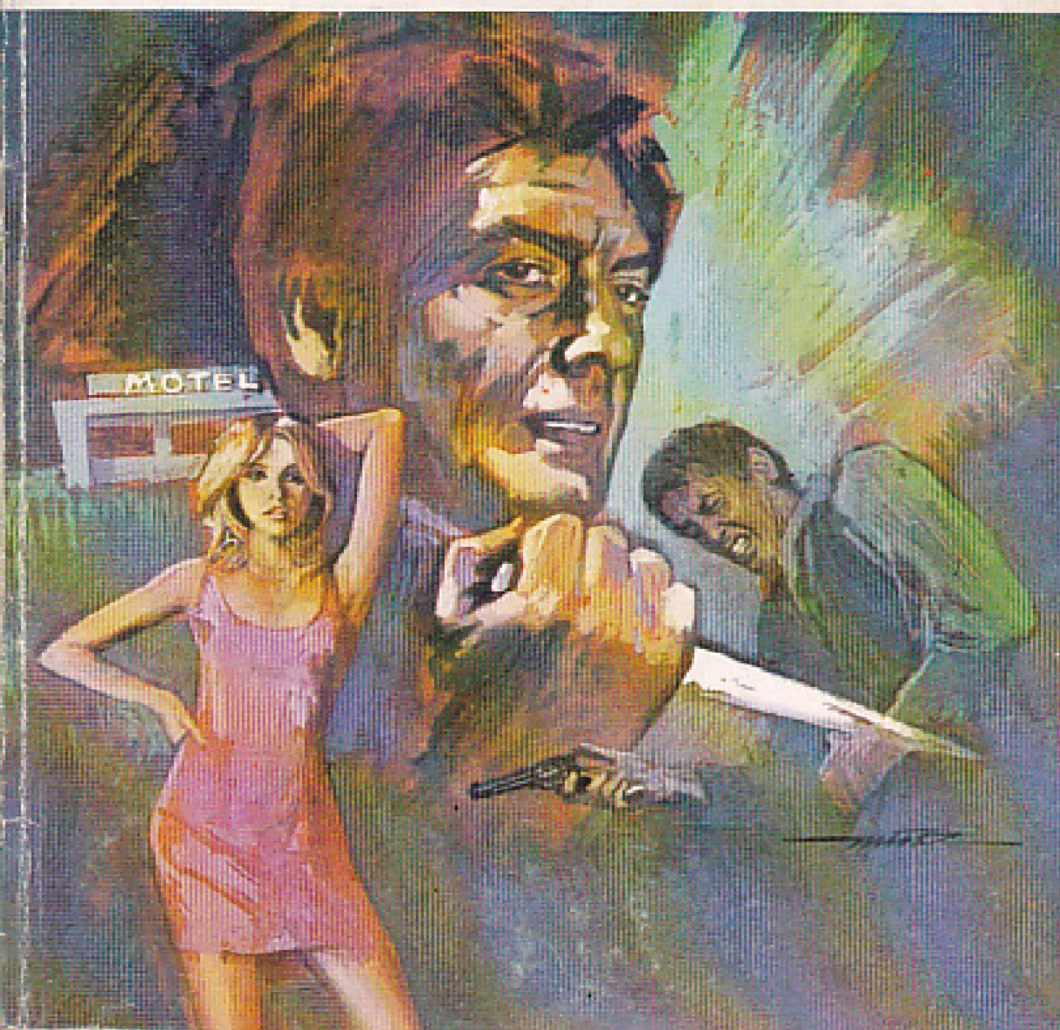
**BRU
GUE
RA**

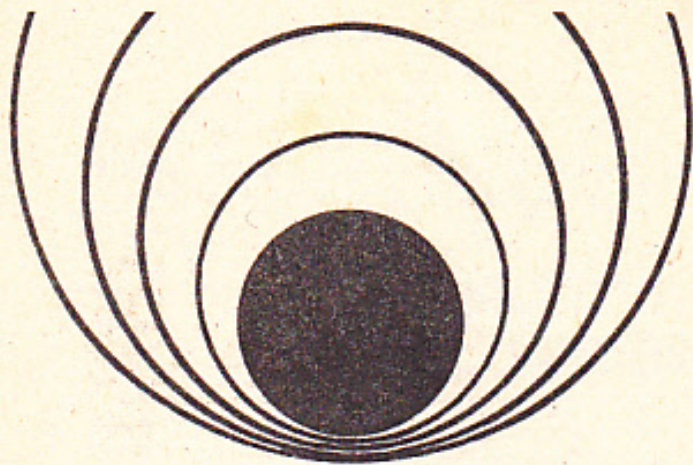
BOLSILIBROS

POLICIACO

MAQUINACION

Frank Caudett





PUNTO ROJO



FRANK CAUDET
MAQUINACION

Colección PUNTO ROJO n.º
1.139 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

1.091 — Asuntos internos.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.743 — Cobertura diplomática.

En Colección CALIFORNIA:

1.390 — Acompañado ante el peligro.

En Colección KANSAS:

1.298 — «Tranquilo».

En Colección COLORADO:

1.343 — «Impasible».

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.056 — Justicia en Monterrey.

En Colección BRAVO OESTE:

503 — Plomo en la amistad.

En Colección SALVAJE TEXAS:

637 — Memorándum para un sheriff.

En Colección ASES DEL OESTE:

490 — Odio.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

601 — Una sola razón: ¡plomo!

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

684 — El revólver que llegó del Este.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.578 — La danza del cáñamo.

ISBN 84 02 02520 X Depósito legal: B. 5.347 1984

Impreso en España Printed in Spain

1.* edición en España: marzo, 1984 1.* edición en América:
setiembre. 1984

© Frank Caudett - 1984
texto

© Núñez • 1984
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del
Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

Vi dos barcas desiguales, estrafalarias, enormes, que navegaban de una forma extraña ante mis ojos.

Después comprendí que no.

Que no se trataba de dos barcas desiguales, estrafalarias y enormes, sino de mis pies, metidos dentro de unos zapatos marrones, descoloridos, con polvo incluso.

Me di cuenta en aquel momento de que tenía los pies grandotes y hasta feos.

¿Feos...?

¡Tonterías!

Eran aquellos absurdos zapatonos polvorientos y deslucidos los que me hacían los pies grandes y feos.

Los tenía en línea diagonal y vertical a la vez respecto a mi enfoque óptico. Quizá porque nunca me había visto los pies desde aquella perspectiva, me parecían ahora grandes y feos.

Pero no. No... No podía ser. Yo no podía tener los pies feos. Yo no podía tener nada feo.

Nada.

Porque todo yo era muy bonito... Bonitísimo, ¡de veras! Karina estaba enamorada de mí y vivía conmigo desde hacía seis meses porque yo andaba de un guapo elevado que era «demasié» y la ponía en órbita con una facilidad y metodología propias de un campeón, de un privilegiado; Candice y Silvana, dos nenas muy cachondas ellas y un poco putonas que trabajaban conmigo en las oficinas de la BUJOLD'S CONSTRUCTION & Co., tenían muchas inquietudes y escozores —antaño picores— a causa de mi percha tan bien parida... Entonces, ¿cómo puñetas iba a tener los pies feos?

Se movían.

De izquierda a derecha y viceversa. Se trataba de un movimiento trémulo y oscilante.

Los párpados se me estaban cayendo otra vez y eso me hizo comprender el porqué de aquella absurda filosofía y necia parrafada mental acerca de mis pies. Acababa de tener una pesadilla y despertado con la resaca lógica que solía establecerse en la mente entre el país de los sueños y el mundo de la realidad antes uno no se hacía plenamente a este último.

¿Soñar...? ¿Pesadilla...?

¿Y la cama? ¿Dónde estaba la cama?

¿Y Karina...? ¿Cómo estaba yo despierto en el catre sin acariciar aquellas bolas de fuego excitantes que ella tenía por maravillosas y deseables tetas? ¿Cómo, eh?

—Karina... —musité.

Nada.

No estaba.

Por eso yo no le tocaba las tetas.

¡Y mis jodidos pies seguían oscilando trémulamente!

En aquel instante y con notoria dificultad conseguí ladear la cabeza y acerté a captar luces.

Luces que pasaban.

Que se iban... ¡Adiós!

Que volvían a pasar una vez más, como fulgurantes exhalaciones, como meteoritos, por delante de mi atónita y aturrida mirada.

Y con las luces, o lo que fueran, se iban también los postes del tendido eléctrico y los del telefónico supongo. Y los árboles. Y el paisaje todo. Y durante unos segundos no quedaba nada de aquellas visiones hasta que de pronto, lo mismo que si de un vivísimo flash se tratara, volvían de nuevo.

¿Desde cuándo se podían ver postes y luces en movimiento acostado en la cama?, ¿eh? Y paisajes enteros que se iban para regresar de inmediato con diferente contenido... ¿Por qué mis pies metidos en aquellos zapatones descomunales que me recordaban los de un payaso de feria, polvorientos además, seguían moviéndose?, ¿eh?

¡Oye! ¿Y por qué estaba yo en la cama con los zapatos puestos?, ¿eh?

Cama...

¡Se detuvo de pronto, en seco!

Bruscamente.

¿Se había, de veras, detenido la cama?

¿Es que antes... la cama estaba *en marcha*?

Algo pesado, tras aquella brusca detención, cayó encima de mi cuerpo golpeándome el hombro derecho y parte del cuello.

—¡Mierda! — vociferé, en aras y volandas de un cabreo más que superior.

Y al pronunciar aquella grosera y maloliente exclamación me di cuenta de que la cabeza me dolía un huevo. Mucho. Muchísimo. Me dolía horrores. Igual que si un maldito hijo de perra gozara y se entretuviera golpeándomela con un monumental martillo pilón, desde adentro mismo, causándome las mismas grietas que a un cristal le podían ocasionar el impacto de una bala. Y aquel dolor machacón y punzante se concentraba, se concentraba en las sienes lo mismo que si me clavaran gigantescas hipodérmicas empuñadas en hacerlas estallar.

Me tapé los ojos con ambas manos y retiré éstas justo cuando la cama volvía a ponerse en movimiento.

Tak... takatak...

TAK... TAKATAK...

No era la cama, no. ¡Claro que no! Era...

ERA UN TREN.

Yo... ¿Yo estaba montado en un tren? ¿Por qué? ¿Desde cuándo?

Un tren...

La maleta. Vi la maleta en tierra. Y fui consciente de que era el objeto que me había golpeado en hombro y cuello.

Una maleta.

Una maleta, no. *Mi* maleta. ¡La maleta, era mi maleta! Una maleta de color butano apagado que me regaló Karina un día que la acompañé de compras a unos de esos jodidos grandes almacenes..., de esos almacenes en los que sabes a la hora que entras pero nunca a la que sales.

¿Y qué leches hacía aquella maleta allí?

Bueno... Si había decidido de pronto viajar era lógico que llevase la maleta, ¿no?

¡Pero...! ¿Cuándo y por qué, de pronto o despacio, había decidido viajar?

AGUA...

¡Necesitaba urgentemente meter la cabeza debajo de una gran cantidad de agua a ver si así conseguía aclarar ideas!

AGUA...

Intenté ponerme en pie con terrible dificultad cuando lo normal hubiera sido que aquellos enormes y polvorientos zapatones me ayudasen de perlas a mantener la vertical. Sí, sí... El reiterativo y machacón tak-taka-tak me proyectó contra el otro lado del departamento y el reborde sobresaliente, metálico además, de la ventanilla, se me clavó en el flato haciéndome largar un aullido de dolor.

Quería reponerme y mantener el equilibrio cuando me vi lanzado hacia adelante y, tropticando con la maleta que estaba en tierra, caí por encima de ésta hasta besar el suelo cuan largo era.

Dije, a partir de este momento, cosas muy gordas. Y casi tan feas como un momento antes me habían parecido mis propios pies. Cosas que renunció a transcribir para no dañar susceptibilidades ni atentar contra la moral y buenas costumbres de la gente decente.

Buenas costumbres. Decencia... Virtudes que estamos perdiendo en el loco frenesí de nuestros tiempos. Porque vivimos unos tiempos muy malos, desde luego. Muy malos, sí.

Ya empezaba otra vez: primero filosofía de los pies y ahora demagogia sobre moral, decencia y buenas costumbres. ¡Menuda empanada mental la que yo llevaba encima!

Lo intenté, hasta conseguirlo, y me puse en pie. Dando, eso sí, más bandazos que un barco a la deriva. Y admití, como ya había pensado antes y muy acertadamente por cierto, que necesitaba mucha agua. Mucha agua. Grandes cantidades de agua.

Con los brazos extendidos a uno y otro lado para evitar peligrosos trompicones y dolorosísimos golpetazos, tanteando, avancé hasta que mi nariz rozó la puerta..., la puerta del compartimento del tren en que yo estaba viajando sin saber el cómo ni el porqué.

Pero aquello era un tren. Un tren, sí. De los de verdad. Un tren que seguía haciendo, como tenían que hacer los buenos trenes que se preciaran de serlo, tak... takatak.

Ruido que a veces, sólo a veces afortunadamente, iba *in crescendo* en diapasón desbocado y alucinante.

Tak... takatak... TAK... TAKATAK... TAK... TAKATAK...

¡¡¡TAK... TAKATAK...!!!

Entonces, para mi dolorida y fragmentada cabeza, aquello se convertía en una tortura insoportable.

Me tapaba los oídos apretando fuertemente las palmas de las manos contra los pabellones auditivos.

Era, sólo, un alivio momentáneo.

Luego, otra vez: tak... takatak...

Mi nariz dio de nuevo contra la puerta y bajé la testa cerciorándome de que en mi mitad de la madera, quizá unos centímetros más abajo, brillaba algo metálico. Debía de ser el tirador. Lo así con dedos trémulos, lo accioné, se abrió la hoja viniendo hacia mí y pude salir al pasillo, en el cual, afortunadamente, no había nadie que pudiera captar el deplorable estado físico y psíquico en que me hallaba.

Me orienté hacia abajo, contra la marcha del ferrocarril, porque algo me hizo suponer que el WC debía de estar hacia el sur. Y estaba, en efecto. Entré. Cerrando el pestillo tras de mí al tiempo que lanzaba un sonoro suspiro de alivio.

Agua...

Pisé el pedal cuando las manos ya estaban puestas debajo del grifo con las palmas hacia arriba y en seguida comencé a refrescarme la cara, sienes, frente, cogote... Agua, ¡oye! Qué alegría. Venga agua.

Cuando consideré que estaba suficientemente impregnado del líquido vivificador y casi restablecedor de los biorritmos, alcé la azotea tropezando de pronto con la luna..., la luna algo turbia, sucia en los bordes, de un espejo.

Y me vi, claro. Pero me vi mal. No como era yo en realidad, no. Ya que me vi casi tan feo como antes había encontrado mis pies.

Pero el espejo estaba allí. Silencioso. Inflexible. Y si le preguntaba...

—Dime, espejito del tren, ¿sigo siendo Harvey Mason, contable de la BUJOLD'S CONSTRUCTION & Co.?

No supo responderme, o no quiso, ¡vaya usted a saber!, y en el fondo fue un alivio. ¿Se imaginan que me hubiera contestado: *ya no lo eres, ahora lo es... BLANCANIEVES?*

Para tirarse del tren en marcha.

Bien mirado, no hacía falta que el espejo hablase para que yo me apeara del vagón en movimiento. Motivos tenía... Pienso.

Con las mismas dificultades que a la ida, pero remo jado eso sí y con algo más de lucidez en el cerebro pese al terrible dolor que seguía punzándolo, regresé al compartimiento. Dejándome ir encima del muelle asiento traté de pensar y sobre todo de entender.

Me llamaba Harvey Mason, era un tío bien plantado al decir de las hembras —que pienso que no siempre me hacían justicia, dada la parquedad de elogios de alguna de ellas—, trabajaba como contable en una empresa constructora, vivía en Nueva York y desde hacía seis meses acompañado de una mujer acojonante (por lo maciza que estaba) llamada Karina Domestus...

Y ahora me encontraba en un tren que había tenido el mal gusto de demostrarme que mis pies eran feos, soportando aquel monótono y machacón tak-takatak, y lo que era peor y más grave, sin saber cuándo, cómo ni por qué, había subido yo a aquella unida férrea.

¡Hombre, el reloj! Lo consulté. Día y hora: 24; 4.18. O sea, día 24 de octubre de 1983 a 42 minutos de las cinco de la madrugada. En un impertinente tren que no cesaba de martillearme las sienes y hasta el alma con su monocorde y brutal tak-tatatak... tak-takatak...

¡24 de octubre!

Lunes por tanto, ¿no?

Pensé. Sí, lunes... Yo había salido el 22, a las ocho de la mañana, de mi domicilio, rumbo a la oficina, ¿no? Karina me había despedido en la puerta de nuestro coquetón chaletito dándome besos mientras yo, como era de hábito y por encima del jersey, dedicaba un último retozón a sus tiosos y excitadores pezoncitos...

«Me estás poniendo negra, Harvey. Quieto...»

«Esta noche voy a ponerte morada, muñeca.»

Naranjas. Yo, aquella noche, no había vuelto a casa.

¿Qué había pasado entre las ocho de la mañana del sábado y las 4.18 de la madrugada del lunes?

Sábado... ¿Por qué había salido de casa hacia la oficina en sábado? Tal día era festivo desde siempre. ¿Por qué?

¡Para volverse loco, palabra!

De atar. Loco de atar, sí.

Aquello, de veras, se mirase como se mirase, no tenía ninguna gracia.

Ninguna, desde luego.

¿Qué coño estaba pintando yo a bordo de aquel tren?

Ingrato tren. Que había evidenciado la supuesta fealdad de mis pies y seguía mortificándome con su perseverante y cruel tak-takatak... tak-takatak...

Me mordí el labio inferior, apreté las húmedas sienes... y hubiese querido darme de cabeza contra las paredes.

Al agachar aquella con que pretendía castigar los mamparos a base de porrazos, la vi de nuevo.

La maleta.

¡Me había casi olvidado de ella!

Mi maleta... ¿Había salido de casa con la maleta? No era capaz de recordarlo, la verdad. Pero resultaba absurdo que hubiera salido cargando con ella. Si iba en dirección al despacho aunque fuese día festivo, ¿para qué quería la maleta?

La puse encima del asiento descorriendo las correas que la cruzaban para accionar luego el cierre y abrirla.

Alcé la tapa...

—¡Cristo bendito!

Luego me quedé mudo.

Mudo de asombro.

Petrificado.

Mirando como un auténtico idiota y con la expresión más boba que había sido capaz de componer en toda mi vida, el contenido de la maleta.

Al cabo de unos minutos, que tanto pudieron ser tres, como diez o veinte, musité:

—Esto..., esto es imposible.

CAPITULO II

¡Qué coño iba a ser imposible!

Estaba allí.

Delante de mis aturcidas y remojadas narices de las que cayó una gotita de agua que fue a salpicar dentro de la abierta maleta.

Encima de los fajos de cien... de billetes de cien dólares, cuidadosamente alineados y colocados. Nuevecitos y crujientes.

Me quedé muy tranquilo, en principio, al comprender que aquella pasta no la había obtenido yo como consecuencia de los haberes procedentes de un secuestro, del cobro del rescate, porque en aquellos casos se acostumbraban a exigir billetes usados y mugrientos.

Dinero-

Metí las manos para cerciorarme de que debajo de aquella primera fila habían otras. Más dinero... Lo había, claro. Un somero vistazo fue suficiente para cerciorarme de que allí, dentro de la maleta, de *mi* maleta, existían 150.000 dólares en billetes de cien.

CIENTO CINCUENTA MIL DOLARES... ¡con mayúsculas, por supuesto!

Mi situación no se prestaba a divagaciones irónicas.

Mi sentido del humor, ahora, estaba fuera de lugar. No tenía razón de ser, no. Y lo cierto, lo verdaderamente real y cierto, era que yo comenzaba a sentirme preocupado en extremo.

Se había producido en mi vida, en mi cotidiana existencia, una laguna, un vacío aproximado de cuarenta horas... Cuarenta horas que estaban completamente en blanco dentro de mi cerebro y transcurridas las cuales, de madrugada, yo me reencontraba conmigo mismo en el interior del vagón de un tren al que no recordaba haber subido.

Karina... ¡Ella estaría preocupada por mi ausencia! Y lo que era peor, por la carencia de noticias acerca de mi paradero. Ella tenía muy claro que yo no me hubiese largado con otra sin decírselo con total libertad... porque precisamente nuestra situación de convivencia la habíamos estructurado encima del tapete de la democracia y la libertad: cuando uno de los dos se hartase de aquel invento, se lo decía al otro... ¡y adiós muy buenas! Pero despedidas a la francesa, no.

Por eso estaría nerviosa y preocupada. Y a lo mejor hasta había acudido a la policía ya.

¿A lo mejor? Más bien a lo peor. Porque si la bofia me trincaba con aquella maleta atiborrada de «tela marinera», ya me dirán ustedes qué leches iba a explicarles yo cuando me preguntaran,

obvio y lógico, que de dónde había salido aquel dinero.

«Pues mire usted, no lo sé. Ni sé tampoco lo que hago en este tren, porque no recuerdo haber subido a él.»

«Oiga, muchacho..., ¿quiere “quedarse” conmigo? ¿Quiere “vacilar” un ratito a costa mía? Mire, muchacho..., no siga haciéndose el gilipolla porque le voy a pegar una patada donde los hombres acostumbran llevar las pelotas que se las voy a poner por corbata.

¿Me sigue?»

Más o menos, la cosa habría sido así. *Podía* ser así, todavía.

Desde donde fuera, pensé, pero tenía que telefonar a Karina.

¿Y los ciento cincuenta mil del ala, a quién se los devolvía?

¡Menudo follón!

No podía devolvérselos a nadie, no podía presentarme con ellos a cuestras en un precinto policial y...

Y a todas éstas, ¿hacia dónde se dirigía aquel tren?

Se ve que alguien estaba esperando que yo me formulase aquella pregunta de pliegues de la frente hacia el interior, porque segundos después se produjeron unos discretos golpecitos encima de la puerta y una voz que me sonó a blue, dijo:

—Buenos días, señor. Estamos llegando...

—¿Adónde, amigo? —juro que el interrogante me brotó, espontáneo y vivaz, del alma.

—A Los Angeles, señor.

Los Angeles. California.

O sea... ¡que había cruzado los Estados Unidos de América de este a oeste, sin tener idea!

Acababa de chuparme 4.900 kilómetros, así, por la jeta. Porque desde Nueva York a Los Angeles, si mis informes eran correctos, habían, por vía férrea, casi cinco mil kilómetros.

CINCO MIL KILOMETROS...

Tak... takatak...

El negro que acababa de proporcionarme la feliz nueva se alejó. Los negros se alejan siempre porque se le hace muy difícil medrar cerca de los blancos. Yo, me volví a quedar muy tieso. Boquiabierto, porque las quijadas se distanciaron por sí solas y me pareció notar los labios trémulos.

«A Los Angeles, señor», creí que le estaba oyendo de nuevo repetir adonde llegábamos.

Me caí, lo que se dice vulgarmente de culo. Y tuve mucha suerte de hacerlo encima del asiento. Porque cuando uno se cae así nunca sabe donde puede... ¿eh? ¿Me entienden, verdad?

No crean que seguía teniendo el ánimo para cofias marineras, no. Nada más lejos de la realidad. Estoy convencido de que

además de terriblemente preocupado me sentía asustado, muy asustado, y era el mismo miedo quien alimentaba aquellas salidas de tono con las que yo intentaba paliar la situación, confusa situación en que me encontraba.

Los Angeles... ¿Y ahora, qué?

Comencé a reaccionar con mayor lógica y coherencia pese a que la cabeza me seguía doliendo una enormidad. Y en función de esa lógica, elemental lógica como la empleada por Sherlock Holmes con su amigo el doctor Watson tantas veces como a sir Arthur Connan Doyle le dio la gana, me dije que necesitaba, antes que nada y por encima de todo, descanso.

Relax. Y si de paso podían darme un masaje thailandés, mejor.

Antes de telefonar desesperadamente a Karina para llorarle mis penas tenía que verificar al máximo la situación. Apurar todos los registros a mi alcance para ver de encontrar alguna respuesta. Y convenir lo que debía o no debía decirle a ella, para no confundirla, no alarmarla tanto como lo estaba yo. Las noticias dichas por teléfono aumentan mucho de tamaño, se agigantan desproporcionadamente, sobre todo cuando no son agradables.

Descansar primero. Volver atrás después con la mente al instante en que suponía haber salido de casa rumbo a la oficina intentando clarificar por qué había decidido ir al trabajo en día de asueto, por qué no había ido finalmente al despacho y sí subido a un tren que se dirigía desde Nueva York a la capital más popular de California.

Respecto a la maleta... Si hallaba contestación a los demás enigmas, es muy posible que llegara a saber de dónde habían caído los ciento cincuenta mil pavos. Y por qué al salir de casa andaba con ella a cuestas. Era como si ya hubiese tenido la certeza de necesitarla para meter dentro mil quinientos billetes de cien. Y yo, al menos en aquel momento, no era capaz de recordar haberme llevado aquel saco de cuero color butano al despedirme de Karina y sus pechitos abundantes, tiesos y deliciosamente arqueados. Perdonen que insista a este respecto, pero es que Karina, ¡palabra!, tenía unos pechos que te hacían hacer locuras.

Mi padre siempre me había dicho que tiraban más dos cosas de esas que dos carretas.

Que un tren como aquel que me estaba llevando a Los Angeles.

Karina... Mira por donde, en aquel momento, habría sido un bálsamo, todo un relax psíquico, poder besárselos.

En fin...

Bajaría a tierra con la maleta a cuestas y me perdería dentro de una pensión para ver de sobarla unas horas. Puede que al despertar me sintiese más claro, la cabeza me doliera menos y...

¡Y qué sé yo!

Traté de adecentarme, cosa difícil, porque tenía el traje arrugado como una breve consecuencia, supongo, de la postura que debía haber mantenido durante muchas horas tirado encima del asiento; metí los dedos entre los cabellos para desalborotarlos y dejar que prevaleciese su rizado natural, sacudí las solapas del saco queriendo...

Alto ahí.

Alto... Al dar con el revés de los dedos en la parte superior de la chaqueta, las uñas habían chocado con algo. Algo que sobresalía del bolsillo superior, de aquel donde antaño los niños de papá, los niños pijos, se ponían un pañuelo blanco o a cuadros con la punta esponjada... No era un pañuelo, sino un pedazo de cartón aquello con lo que mis dedos se habían golpeado. Tiré de él, afuera.

Natural, claro.

Un billete de tren...

Un billete expedido y extendido en Nueva York con destino a Los Angeles.

¿De veras podía encontrarlo natural? Bueno..., jera absurdo empezar otra vez con la historia del cómo y por qué aquel ticket había llegado al bolsillo de arriba de mi americana!

Lo que sí me sorprendió, causándome extrañeza, llamándome la atención, fue que el billete tuviera dos orificios. Dos... Uno era el que confirmaba su expedición y el otro, el segundo, efectuado en el vértice superior derecho del ticket, correspondía a la intervención en ruta. O sea, que el revisor del tren, como se decía vulgarmente, había «picado» mi billete. Y... ¿se lo había dado yo para que lo «picase»?

La claridad rojoanaranjada del amanecer traspasó el cristal de la ventanilla hiriendo mis retinas que se contrajeron al instante, obligando a que los párpados se bajasen.

Noté que el ferrocarril aminoraba sustancialmente la velocidad y que las ruedas traqueteaban más de lo normal, evidencia ésta de que estaban saltando por encima de los desvíos y el complicado crucigrama férreo que se formaba a la entrada de todas las estaciones importantes.

Los Angeles era una estación importante.

Estábamos llegando...

Sin preocuparme más de mi aspecto y apariencia, cerré la maleta y cargando con ella salí al pasillo en dirección a la plataforma, dispuesta a ser uno de los primeros viajeros que se apeasen del convoy.

El andén quedaba a la izquierda, justo delante de la portezuela

que intuitivamente ya había abierto.

Salté a tierra con el tren todavía en marcha y corrí por el andén paralelo al electrotrén para situarme cerca de la salida del vagón subsiguiente al coche motor donde, normalmente, solía viajar la inspección en ruta y servicios de policía, una vez habían cumplido su cometido.

Nervioso, esperé a que asomara el revisor. Rezando para que no hubiese sustituido el uniforme por ropas de paisano, lo cual hubiera impedido que lo identificase.

Me mordía el labio inferior y taconeaba con el pie derecho sobre el cemento. Durante unos segundos en los que se me ocurrió mirar a mi alrededor, tuve la certeza de que toda la gente que se encontraba en la estación estaba pendiente de mí.

Sentí cantidades industriales de vergüenza. La tira de ella. Y luego mucho miedo. Porque si la policía también se interesaba en mi persona y después en mi maleta... lo iba a pasar mal. Rematadamente mal.

Regresé la cabeza adelante y entonces lo vi.

Y él a mí.

Es más, tuve la sensación de que conforme descendía del vagón, se centró en mí para quedárase mirando con curiosidad, con atenta curiosidad, y un trasfondo de ironía en sus grises y diminutas pupilas.

Unas pupilas que no se apartaban ni un segundo ni un milímetro de mi rostro.

Cierto, oigan. Me miraba con impertinente insistencia.

Por último, de pronto, rompió a reír viniéndose recto a mí.

—¡Amigo! —exclamó—. Es usted el pasajero más cachondo... y perdone la expresión, que he conocido en doce años que llevo viendo viajeros y más viajeros.

—¿De veras, jefe? —Estoy seguro de que lo estaba mirando con cara de bobo.

—¡No se haga de nuevas, hombre!

—No, no, si no me hago de nada. Créame.

—Habrá dormido a gusto, ¿verdad? Tuve exquisito cuidado en no despertarle cuando vi la nota y la leí.

—¡Ah, si, claro! —traté de sonreír, de estar a la altura para no mosquearlo y de convencerle de que estaba convencido de que sabía de que iba la película que me estaba contando. Indagué, no obstante, con precaución y como el que no quiere—: ¿Qué es lo que he puesto en esta ocasión? Soy tan cosmopolita...

El inspector metió la zurda en el bolsillo exterior de la chaqueta y extrajo un papel doblado, diciendo:

—¡Helo aquí, amigo! —agitaba la hoja para desdoblarla—. He

decidido guardarla porque... ¡Es que es original, caramba! Nunca me había sucedido nada igual en doce años... Le he dicho que llevo doce años de servicio, ¿verdad? —me vio asentir con la cabeza y mientras aireaba de nuevo el papel, me preguntó—: ¿Y dice que no se acuerda del texto?

Me arrugué, todo tímido yo.

—No, No... Aunque le parezca extraño ando fatal de la memoria. Cada día peor, de veras. Tengo que comer muchos rabos de pasa para poner alivio a esta situación memorizante. Lo que ocurre es que como después me sabe muy mal tener que tirar las pasas...

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja! —estalló mi amigo el revisor en un volcán de carcajadas que atrajeron la atención de cuantos se encontraban en las inmediaciones lo cual, maldita la gracia que a mí me hizo—. ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Dice que le sabe mal tirar las pasas después de comerse los rabos! ¡Qué bueno, oiga! Tome, tome, lea otra de sus ocurrencias.

Cogí el papel con una avidez y dedos trémulos que mi carcajeante interlocutor no supo captar afortunadamente.

Pude leer:

«SEÑOR REVISOR: SOY EL BELLO DURMIENTE DEL TREN. LE RUEGO RESPETE MI SUEÑO PORQUE LA VIDA QUE VIVIMOS SOLO SE PUEDE VIVIR SOÑANDO, YA QUE LO QUE HACEMOS DESPIERTOS, ES TODO, MENOS VIVIR. GRACIAS POR SU BONDAD

Y BUEN CRITERIO... ¡AH, LE DEJO EL BILLETE JUNTO A ESTA NOTA! UNA VEZ LO HAYA VERIFICADO, CUIDADOSAMENTE, PUEDE USTED INTRODUCIRLO EN EL BOL SILLO SUPERIOR DE MI CHAQUETA. GRACIAS OTRA VEZ. ES USTED UN SOL DE REVISOR... ¡SU ESPOSA NO SABE LO QUE TIENE EN CASA!»

Yo... ¿Yo había escrito aquello? Lo que el tipo llamaba nota.

Caca de la vaca. Yo no era capaz de escribir sin torcer la letra tantas estupideces seguidas.

—¿De veras le parezco un fulano gracioso? —le estaba devolviendo aquella necedad que tenía que haber escrito el mismo estulto hijo de cuarenta perras y un gato que me había subido a aquel tren con la maleta y los ciento cincuenta mil para situarme a cinco mil kilómetros de mi pueblo, en el que había hasta muchos rascacielos.

—¡Claro que sí, «bello durmiente»!

—¿Con qué finalidad? —la pregunta me salió en voz alta cuando debía haberse quedado dentro de mi garganta. Porque me

preguntaba con qué finalidad, quién quiera que fuese el que había urdido todo aquello, me había metido en el tren, maleta al lado y billetes de cien hasta ciento cincuenta mil dentro, con nota hilarante incluida para el interventor de a bordo.

Que por cierto, ahora, me miraba con asombro.

Con el mismo asombro que yo podía mirar hacia todo lo que me había sucedido en las últimas cuarenta horas como producto de una complicada y al mismo tiempo incomprensible maquinación.

El revisor seguía mirándome con asombro. Más que eso, con extrañeza.

—Qué... —articuló—. ¿Cómo dice? ¿Finalidad...? ¿De qué finalidad está hablando, amigo? Qué pretende decirme, ¿eh?

—¡Ah! ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja! —me puse a reír como un loco, lo cual no me costó demasiado porque medio loco ya estaba—. ¡Esta vez no ha captado la fina ironía! ¡Ciao, revisor!

Y me alejé hacia el más cercano acceso que me permitiera asomar a la calle, haciéndole adiós con la mano, antes de que reaccionara.

Caminaba hacia atrás y por eso tropecé.

—¡Podría mirar por dónde va, muchacho!

Me volví hacia delante.

—Perdone...

—¡Hola! —exclamó ella—, ¡Si eres un chico la mar de guapo!

La miré.

—¡Y tú una tía que estás la tira de buena! ¿Cómo te llamas, alegría de mis ojos?

—Cynthia.

—Bonito nombre. ¿Te importa que te dé un besito, Cynthia? Ahí...

—señalé con el índice de la mano libre su boca—, en los morritos esos tan rojos que tienes.

—Prueba...

Probé.

O sea, besé aquellos sus morritos tan rojos.

Sabían bien. Tenían el hálito y frescor de ciertas frutas tropicales del Caribe.

Entonces ella, en prueba de agradecimiento por mi apasionada y vehemente efusión, me soltó una sonora y dolorosa «castaña» —que no era fruta específicamente del Caribe—, haciéndome temblar todas las muelas al tiempo que puse la cuenca de la mano bajo mi boca por si se me caía algún diente.

Nos miraban, con burlona curiosidad, hasta los gatos que estaban esparcidos por los andenes.

—Nena... —protesté con medida y mesura, por si acaso—. ¡Tienes muy mala uva!

—¿No hemos quedado en que estoy la tira de buena?

Lo estaba.

La miré de pies a cabeza, pese a que sentía arder mi mejilla, con evidente admiración.

Hermosa, sí.

Hasta tal punto que me había hecho olvidar cómo y por qué —que dicho sea de paso, ignoraba— había arribado yo hasta aquella terminal de ferrocarril.

—Lo estás...

—¿Me perdonas?

—Sí, mujer. Pero...

Cynthia me sonrió con los labios y también con sus pupilas verdosas, chispeantes.

—¿Me permites que te desagравie?

—¿Cómo?

—Ofreciéndote mi apartamento para que descanses. Tienes cara de sueño, de estar agotado...

—¿Eres la buena samaritana de la estación?

—Algo así. Es que me sabe mal haberte abofeteado. Caes simpático.

—A buena hora... —murmuré. Preguntando como para asegurarme—: ¿Has dicho a tu apartamento? —Me estoy arrepintiendo ya.

Tiré de un brazo, llevándomela hacia la calle mientras decía:

—O.K., bonita. Me arriesgaré a ser todo tuyo. To do... ¿Querrás que me entregue por completo a ti?

—O.K., guapa. Querré.

CAPITULO III

—¿Cómo te llamas?

Dejé la maleta al lado del menudo y coquetón sofá, desplomándome sobre él.

—Harvey... Harvey Mason.

—Pues estás hecho un asquito, Harvey Mason.

—¿Y tú?

Me miró desorbitando aquellos luceros que tenía por ojazos.

Muy verdes.

Extraordinaria y brillantemente verdes.

—¿Que yo también estoy hecha un asco?

Hice un gesto de cansancio.

—¡Por favor! Preguntaba que cómo te llamas tú. Tu nombre completo.

—Cynthia Seymour.

—Tienes apellido de mujer ilustre, prenda.

—Te refieres a la que fue esposa de Enrique VII de Inglaterra, ¿no?

—¡Bingo! Una chica con cultura además —murmuré.

—¿Hace un whisky, Harvey?

—Hace...

Fue a prepararlo regresando con un solo vaso entre los dedos tersos de su diestra. Tomó asiento a mi lado haciéndome sentir el cálido arropo de su muslo al rozarse con el mío y, tras beber un sorbo, me pasó el recipiente de contenido ámbar.

Digo toda la verdad y nada más que la verdad si digo que procuré sorber por el mismo sitio del cristal donde ella había bebido. Sus labios, su dulce babita, tenían que saber a gloria. Mejor que el whisky.

En efecto. La huella de su hálito me excitó. Me excitó y mucho porque mi mano fue a rodear el talle de Cynthia, trayéndola contra mí, y luego los dedos acariciaron sus glúteos rotundos, plenos y ardientes.

Su boca buscó la mía y mi lengua jugó con la suya en medio de aquel beso casi agresivo con que nos estábamos obsequiando. Cynthia respiraba con dificultad, jadeante, cuando nuestras bocas se distanciaron.

—Oye... —sus pechos cabalgaban con la insinuante excitación de la libidine. Una pausa, y—: Aunque no es cosa mía, ¿qué te ha sucedido?

—¿Por qué tiene que haberme sucedido forzosamente *algo*? —maticé con intención el «algo». Era una forma de ganar tiempo mientras pensaba si debía decirle la verdad, ser sincero sólo a

medias o contarle simplemente una mentira. O callarme y punto.

—No sé —murmuró. Añadiendo—: Tu aspecto, esa pasión de sueño que se refleja en tu mirada como si te hallaras terriblemente cansado, agotado, no sé. Quizá sólo se trate de un absurdo presentimiento por mi parte, pero...

Se detuvo, cortada, al ver que yo la estaba escrutando con fijeza casi ofensiva.

Pero no estaba en mi ánimo ofenderla, no. Ni mucho menos.

Cynthia se había convertido en la circunstancia más hermosa y gratificante de cuantas concurrían en mí dentro del cómputo de aquellas cuarenta y pico de horas. Y también, incluso, podía preguntarme que hacía en su apartamento, por qué había accedido a ir allí, etc.

Por qué... Por qué... Por qué... ¡Demasiados *por qué!*

—No, no es un presentimiento absurdo —se corrigió a sí misma, instantes después. Razonando así la rectificación—: Estás nervioso, preocupado. Lo veo en tu mirada. Y eso es porque te ha ocurrido algo y temes, quizá, que suceda algo más. ¿Verdad?

No contesté.

Y seguí mirándola.

Hermosa aquella carita picara salpicada de pecas y enmarcada por los lados del óvalo con el color rojizo brillante, lleno de matices y chispazos, que le caía desde la cabeza en forma de largo cabello, de rutilante seda de tonalidad panocha. Los ojos, tan verdes, parecían no tener relación con aquel rostro pecoso y sin embargo contribuían a aumentar la luminosidad espectacular del mismo, su exotismo hipnótico... La nariz que separaba aquel par de espléndidos luceros era respingona, atrevida, prestando a su expresión la nota de picardía que desde allí para abajo se hacía carnosidad de sus labios frutales, agrietados, brillantes, sólo podía pretender la finalidad de besar y ser besada.

Conforme la iba contemplando con detalle, me excitaba en grado superlativo.

Busqué con mi diestra el entorno de sus pechos vibrátiles, rígido como dos promontorios, notando como toda ella se estremecía bajo la caricia, columpiándose en la misma, aceptándola con elocuencia en la mirada y entreabriendo su boca de sangre.

Puse mayor vehemencia en mi quehacer.

—Me han sucedido cosas muy extrañas, Cynthia —le respondí al final, de pronto, como si recordara ahora sus interrogantes anteriores. Agregando, como si ello fuera la solución a todo, la panacea—: Necesito hacer el amor contigo...

—Harvey, muchacho. Si estás que no te tienes. Los párpados se te cierran, ¿no te das cuenta?

—Estoy excitadísimo. Sé que luego me sentiré mucho mejor. Más relajado...

—Me estás pidiendo mi cuerpo como si de una limosna o de un medicamento se tratara, muchacho.

—No tergiverses mis palabras, criatura. Ni mi intención tampoco. Por favor...

Cynthia comenzó a devolverme caricia por caricia y a excitar todas las zonas erógenas, que eran muchas, de mi naturaleza.

—Pequeña... —murmuré con voz ronca, quebrada, sintiéndome como roto por dentro el impacto brutal de la lujuria.

—¿Tanto me deseas, Harvey?

—Más... —y sentí un dulce latigazo en las sienes cuando los dedos de Cynthia, suaves como el terciopelo, siseantes, se adueñaban tímidamente de mi virilidad.

Instantes después, como un corderito debajo de cuya piel existía un lobo feroz y hambriento, le seguí al dormitorio.

Conforme yo mismo, con bastante torpeza lo confieso porque quizá tenía razón ella sobre que me estaba viniendo abajo por momentos, iba librándola de la ropa para que su naturaleza estallase al desnudo con toda la fuerza sexual que albergaba, sentí un cosquilleo extraño en diversos puntos de mi anatomía.

—Tienes un cuerpo fascinante —la halagué. Y era una gran verdad.

Sentí, además de aquel cosquilleo turbador, la misma inquietud, idéntico nerviosismo, igual incertidumbre y desasosiego, que si fuese aquélla la primera vez.

Cynthia, desde el principio, desde el instante mismo en que me abofeteara, había ejercido en mi subconsciente la extraña seducción de lo primitivo, de lo desconocido.

Estaba de rodillas encima del lecho cuando la oí susurrar moviendo los labios con una lentitud alucinante, enloquecedora:

—Bésame, Harvey. Mucho...

Tomé sus hombros desnudos, más que cálidos ardientes, y después, ciego, vehemente al máximo, brutal y cariñoso a la propia vez, estrellé mis labios en su piel dispuesto a recorrer con ellos la totalidad de su cuerpo ígneo.

—Cynthia... —rasgué—. ¡Cynthia, mi vida!

—Así, Harvey. Así... ¡No te detengas!

De pronto, la estancia, se llenó de jadeos.

Estalló en un único e interminable suspiro.

CAPITULO IV

Tak... takatak...

Me desperté de pronto.

Bruscamente.

Sudoroso, con angustia y sobresaltado.

Tak... takatak...

De un brinco que me sentó en el lecho al tiempo que braceaba para apartar las sábanas.

No estaba en el tren, no.

El tren era otro episodio de la pesadilla que ya había quedado atrás.

Cama. Una cama. Ahora estaba en una cama de verdad.

Maquinalmente extendí la zurda palpando el catre en busca de algo, de alguien. En busca del cuerpo ardiente de Cynthia.

No.

No estaba allí.

Entonces...

Salté de la cama como una exhalación saliendo, atolondrado, del dormitorio al living.

—¡Fuuuu! —solté entre dientes y labios, con satisfacción, al ver que la maleta seguía en el mismo sitio que la dejara al llegar.

—Fuuuu... —repetí.

Descubrir que Cynthia era una ladrona hubiese sido para mí una enorme decepción.

Porque en la cama era una criatura dulce, exquisita, sensacional y cariñosa.

¿Por qué no estaba en el apartamento?

—¡Cynthia! ¿Estás ahí?

Silencio absoluto.

Regresé al cuarto para ponerme el pantalón y luego busqué el baño, remojándome esta vez con comodidad de cintura para arriba. Cuando volvía al dormitorio para terminar de vestirme descubrí la nota que había bajo el búcaro en una mesita redonda situada en un vértice del living.

La tomé, porque lógicamente era para mí. Decía:

«Ha sido muy bonito, Harvey. Pero no puedo seguir. Me has hecho muy feliz primero... y desdichada después, al comprender que he estado traicionando a alguien que no lo merece. Por favor, no estés ahí cuando yo regrese. Me voy a trabajar, entro a las diez en la cafetería. Hasta siempre y hasta nunca, Cynthia.»

Mientras arrugaba el papel pensé que Cynthia era una mujer de la que resultaba extraordinariamente fácil enamorarse.

Karina...

Mi pequeña Karina... Yo también había estado traicionando a alguien que no lo merecía. La confusión de ideas producida por las extrañas circunstancias en que me estaba viendo envuelto podían servirme de atenuante quizá. No sé... No lo tenía muy claro. A veces se hacen cosas sin una razón específica que las avale, justifique o agrave. Nunca se sabe del todo el porqué. En fin... Tenía que telefonear a Karina, ya. Estaba obligado a hacerlo sin dilación. Lo antes posible. Contándole algo. Lo que fuera, pero contándole algo. Y pidiéndole que llamase a las oficinas de la BUJOLD'S CONSTRUCTION & Co. justificando mi ausencia de la forma más verosímil que se le ocurriera.

Minutos después estaba en la calle.

Me llamó la atención, porque la llamaba, obvio, la tienda de fotografías, revelado, reparaciones, máquinas, etc., situada casi frente por frente al edificio de apartamentos donde vivía Cynthia. La entrada del establecimiento simulaba ser una gigantesca cámara de fotografiar Minnolta y el acceso a la tienda se obtenía franqueando el objetivo de la supuesta máquina. Original, sí.

Los americanos somos así de originales. Y de gilipollas también.

Urgía, ya, ponerme en comunicación con Karina.

¿Qué iba a decirle? ¿Si le contaba la verdad, se la creería? Hum... De verdad que mi verdad —valga la redundancia—, era una verdad difícil de admitir como verdad.

Nos habíamos prometido mutua sinceridad, ¿no?

Mientras caminaba buscando una cabina de teléfonos que se me estaba mostrando esquivada por cierto, me dije que a lo mejor eran manías mías, pero tenía la sensación, rara sensación, de que la maleta pesaba menos que antes.

¡Tonterías!

¿Tonterías? ¿Y si...? Me asaltó un brusco y acuciante presentimiento obligándome al punto a penetrar en el primer snack con que me tropecé en el trayecto.

Pedí un café doble, corto y muy cargado, preguntándole a la preciosa trigueña que luciendo un simpático gorrito de estilo legionario atendía la barra:

—¿Dónde está el lavabo, muñeca?

Me hizo un guiño todo coquetón y simpático mientras extendía una mano, diciéndome:

—La última puerta de la izquierda, guapo. Al fondo de aquel pasillo. ¿Vas sólo o...?

Con problemas o sin ellos, yo seguía siendo un figura. Con la

cabeza hecha un Ko, sí, pero yo a triunfar con ellas. Que iba por la vida de guaperas y punto.

Fui al WC. Entré. Cerré. Me senté en la taza y poniendo la maleta encima de mis rodillas, la abrí.

De inmediato me cagué en algo muy gordo.

El water era para eso... Y lo que había ahora dentro de la maleta, de *mi* maleta, para entrar en fase diarreica una buena temporada sin darle opción al «Mexaformo» ni al «Entero Bioformo» ni a ningún fármaco concebido con la noble intención de abortar las caguetas.

—¡Sí serán hijos de perra!

Recortes de periódico, tú. Cuidadosamente empaquetados. Del mismo tamaño que los billetes de cien. Pero papeles...

¿Es que querían volverme loco?

¡El cambiazo me lo habían dado en casa de aquella zorra!

¿Y a mí qué? La pasta no era mía... Esa no era razón suficiente para obviarme de un tinglado en el que, me gustase o no, estaba involucrado.

Cynthia se iba a acordar de mí... Cynthia y yo no habíamos tropezado en la estación casualmente, no... Cynthia estaba allí, esperándome... Cynthia formaba parte de aquella maquinación que tenía por objeto... ¿Qué tenía por objeto aquella maquinación?

—¡Que me cuelguen si entiendo de que va este juego! — exclamé en voz alta, revolviendo de forma instintiva y sin saber exactamente el porqué, los fajos de recortes de periódico. Volviendo a exclamar segundos después—: ¡Sopla! Pero... ¿qué demonios es esto?

Esto... Aquello con lo que acababan de tropezar mis dedos al revolver los rectángulos de papel impreso era, jera un talonario de cheques del Californian Federal Bank!

Y en cada uno de los cheques, al pie y a lo largo, se repetía un número y un nombre. El número debía corresponder a una cuenta corriente, claro; y el nombre... *jera mi nombre!*

O sea que yo, Harvey Mason, tenía cuenta corriente en el Californian Federal Bank de Los Angeles. ¿No era eso para mearse de risa? ¿O quizá para acabar amarrado con cadenas y grilletes, sujeto a una pared.

Cerré la maleta de golpe saliendo del water con una decisión tomada. Firmemente tomada,

—¡Eh, muñeco! —me gritó la camarera—, ¿Y el café?

No le hice puto caso.

Ya en la calle paré un taxi. Sin acordarme de que no tenía ni un puñetera dólar en el bolsillo.

—¿Dónde vamos, amigo?

—¿Sabe usted la dirección de la central en Los Angeles del Californian Federal Bank?

— Yes. ¿Le llevo allí?

—O.K.

Fue cuestión de quince minutos mal contados. La entidad bancaria de referencia estaba en el centro aproximado de una umbría alameda que saliendo de Los Angeles se perdía por el interior de un barrio de la ciudad al que llamaban Santa Mónica.

Se paró el vehículo y me dijo el chófer:

—Ahí lo tiene, jefe.

—¿Puede esperarme?

—Puedo —asintió. Advirtiéndome—: Pero no vaya a tenerme una hora aquí, ¿eh?

—Será bastante menos.

—De acuerdo.

La fachada del edificio podía decirse que era el estereotipo de otros cientos de bancos, pero dentro, la cosa cambiaba bastante. Un amplísimo vestíbulo en forma de rotonda cuyo techo sostenían cuatro columnas de Carrara negro con aguas blanquecinas, y capiteles en lo alto que recordaban figuras y deidades de la mitología egipcia, tenían mucho de arte y poco de praxis bancaria.

Luego, aquella impresionante recepción se bifurcaba en dos accesos. Uno para utilización del público y otro que se internaba en las dependencias privadas de aquella entidad mercantil.

Caminé por el primero a cuyos lados se abrían dos largos mostradores, buena porción de ellos con ventanillas en la parte inferior de encristaladas cabinas a prueba de balas seguramente; caminé, vacilante, por no saber con exactitud a quién dirigirme.

La cosa no era tan complicada, tú: a la sección de cuentas corrientes, ¿no?

Me percaté de que muchos de los clientes que estaban realizando operaciones allí dentro, se quedaban conmigo. Podía ser por varias razones: por la pinta de despistado, por la cara de bobo que otra vez debía poner... o por la absurda maleta color butano que algunos, seguro, pensaban iba a llenar con los beneficios del atraco que me disponía a perpetrar.

Vi una puerta al fondo, conforme avanzaba, claveteada por fuera y con aspecto de estar forrada de gutapercha por dentro, encima de la cual se leía: DIRECTED.

Aquel tipo era el idóneo, sí.

Eché corredor abajo con mayor decisión que hasta entonces.

Los memos aquellos seguían quedándose conmigo. Mirándome

como si fuera el cuñado del ET.

La puerta hacia la que me dirigía se abrió de pronto, a tope, permitiendo la salida de un individuo delgado, de mediana estatura, impecablemente etiquetado con un temo color gris perla, cabello ondulado de tono plata en los aladares y expresión de hombre importante, de hombre capaz de tomar decisiones trascendentes.

Llevaba unos folios en la mano el primero de los cuales parecía releer con cierto descuido, con profesional distanciamiento, cuando al levantar su testa de sienes argentadas se olvidó por entero de lo que repasaba para venirse recto y veloz hacia mi humilde persona con una expresión de sorpresa, y hasta de contrariedad diría yo, en sus facciones de piel ligeramente rugosa.

—¡Hombre, señor Mason! —exclamó, llamándome por mi nombre—, ¿Otra vez aquí? Digo yo que vendrá por los cinco mil restantes, ¿no?

—¿Cómo dice, señor? —le miré con jeta de idiota genuino.

—Digo —el hombre seguía pareciendo comedidamente irritado—, que el suyo es el caso más extraño que he vivido en cerca de treinta años que llevo trabajando en la banca.

Si yo me hacía de nuevas, papel que en realidad me correspondía, podían pasar dos cosas: que el director me tomase por el loco del siglo o creyera que pretendía burlarme. Porque era evidente que aunque yo no lo había visto en mi puta vida, él me conocía. Sabía mi nombre y le resultaba hasta familiar. Incluso, al parecer, iba a formar parte de su *curriculum* profesional a causa de alguna extravagancia que anotaba en mi haber.

Era, pues, cuestión de obrar con mucho tacto.

—Soy así y no puedo evitarlo —dije, sin comprometerme demasiado. Tanteando con este interrogante—: ¿Cree de veras que vengo por los cinco mil restantes?

Le vi sonreír por primera vez.

—¿A qué si no? A las nueve de la mañana me da usted el alegrón del mes abriendo una cuenta corriente con depósito inicial de ciento quince mil dólares. A las diez treinta, hora y media después, aparece usted de nuevo para efectuar una extracción de ciento cuarenta y cinco mil destinados a una importante inversión, a un negocio de esos que vienen como caídos del cielo..., algo de construcciones me ha dicho, ¿no? Y ahora, digo yo, a invertir los cinco mil que quedan...

Juro que hube de esforzarme al máximo para aparentar una naturalidad que de ninguna de las maneras podía sentir. Porque según aquel señor, máxima jerarquía en aquel lugar y con aspecto de caballero importante, yo, a las nueve de aquel día me había

personado allí abriendo una cuenta corriente con un primer ingreso de 150.000 dólares; la misma cantidad que había encontrado en el interior de mi maleta cuando viajaba, sin saber cómo ni por qué, desde Nueva York a Los Angeles en un tren desagradable que hacía una y otra vez, tak-takatak, tak-takatak, y que además me había descubierto la fealdad de mis pies.

Noventa minutos después, yo había retirado 145.000 pavos de la cuentecita de marras.

La zorra de Cynthia tenía muchas cosas que explicarme. Muchas...

—Se ha quedado mudo, señor Mason.

—Es que a veces no sé cómo justificar mis excentricidades. ¿Sabe que voy a hacer ahora, señor... cuál es su nombre, que lo he olvidado?

—Orson Fleming —dijo con tenue sonrisa. Inquiriendo—: ¿Qué va a hacer, señor Mason?

—Sacar sólo mil dólares, pagar con ellos el taxi que me espera en la puerta y visitar acto seguido al psiquiatra. ¿Le parece bien, señor Fleming? ¡Oiga! ¿Se ha dado cuenta de que se apellida usted como el tío que descubrió la penicilina?

Me miró, pero que muy mosca.

—No era mi tío. Era sir Alexander Fleming.

—Eso... Con permiso voy a por los mil, ¿eh?

—Vaya, vaya. ¡Ah, y vuelva pronto por los cuatro que quedan!

Di la vuelta y claro, le di la espalda. Proa a la ventanilla donde obtendría mil pavos previo relleno de uno de los cheques talonario me había encontrado dentro de la maleta entre los fajos de recortes de periódicos.

Maquinación, sí.

Todo aquello obedecía a una monstruosa maquinación que no podía tener más finalidad que volverme completamente loco.

¿Quién me odiaba tanto?

Era, ésta, una buena pregunta. La mejor que me había formulado desde que me despertara a bordo de aquel tren tan antipático.

El cajero me miró con prevención al tiempo que me entregaba el billete de mil.

—¿Le importa dármelo en cien, por favor?

No me respondió. Pero retirando el billete, me dio diez de a cien.

CAPITULO V

Consulté la esfera de mi reloj.

Había estado dentro del banco, trece minutos de cronómetro, segundo arriba segundo abajo.

Y el taxista se había largado.

Extraño.

«No vaya a tenerme una hora aquí, ¿eh?»

Tan siquiera un cuarto, amigo.

Pero se había largado. A menos que yo estuviera, además de confundido y atolondrado, ciego también.

Absurdo que hubiese decidido perder el importe de la carrera. Bueno... ¿Y si se había dado cuenta de que un servidor tenía los cables de la azotea cruzados? Porque a lo peor era eso. Y el tipo había razonado así para sus adentros: «Si le espero, aún perderé más».

—Nosotros hemos abonado el taxi, Mason —anunció una voz de metálico vibrar, a mi izquierda—. Porque queremos ofrecerle las delicias de nuestro Nash modelo 80. ¿Nos acompaña?

A mi derecha se situó otro fulano aferrándome con maneras de matón por el brazo y empujándome adelante, al tiempo que tomando el relevo del otro, ordenaba: —Andando, tipo. Con garbo y sin entretenerte, ¿eh? El Nash nos espera en la próxima esquina.

Hice un par de preguntas tópicas. Y hasta típicas. Nada originales. Impropias de un tipo con imaginación como yo:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué pretenden de mí?

El que primero hablara, un menda alto y robusto con brazos que parecían troncos de árbol, me miró con su cara de bulldog, sonriéndome avieso al responder:

—Queremos que te *suicides*, Mason.

—Pero Andrew ha pensado —intervino sin darme oportunidad el que me cogía brutalmente por el brazo clavándome en la carne unos dedos que semejaban garfios —que debes ser muy cobarde para eso y hemos venido a ayudarte. ¿Verdad que sí, Andrew?

Andrew, que era el de la jeta de perro de presa, asintió con un cabezazo contundente.

—¿Y quiénes son ustedes para decidir que me suicide?

—Los «decididores» oficiales del reino, ¿eh, Sean? —contestó y le preguntó a su compañero, cara de bulldog rabioso. Echándose, de repente, a reír su propia estupidez—: ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!

—Eres un tipo ocurrente, ¡vaya que sí, Andrew!

Estábamos delante del Nash y quién lo conducía abrió desde

dentro la portezuela trasera derecha.

El tal Sean me metió dentro del coche, con maleta y todo, de un violento empujón.

Yo, de verdad, les estaba dejando hacer.

Así como suena.

Y no porque fuesen más que un servidor en número y en simiesca apariencia física, aún no siendo yo ningún alfeñique... no. No era por eso, no. Ellos, Andrew, Sean y el chófer, sabían la razón por la que estaban allí y yo la ignoraba. Ellos, por orden de quien fuese, tenían que colaborar activamente en mi *suicidio*..., en el suicidio de un pobre desgraciado, de un contable, un meatinteros sin historia, sin pasado, presente ni futuro, al que sólo iba a echar de menos una chica llamada Karina y un par de leales compañeros de oficina en el supuesto de que hubiesen dos en el despacho de la BUJOLD'S CONSTRUCTION & Co. que me apreciase de veras.

Pero aquellos tres gorilas ignoraban un pequeño detalle. Algo de mi vida que yo tampoco me había preocupado de contar a nadie. Puede que por falsa modestia... ¡Vete a saber! Era profesor de artes marciales. Judo, kárate y taekwondo. En mi oficio se tenían muchas horas libres y había que rellenarlas con algún hobby decente si uno no quería volverse loco, jugador, drogadicto, alcohólico o putero en grado superlativo.

A unos les daba por aficionarse a la electrotecnia, otros a la fotografía, los había que coleccionaban sellos o monedas... a mi me había entrado la fiebre del gimnasio. Y entre los amateurs, era uno de los mejores cinturones negros del país.

Pero esto, insisto, lo sabía muy poca gente.

Andrew, Sean y el conductor, estaba claro que lo ignoraban.

El Nash arrancó como una bala. Yo, sentado atrás con la maleta en las rodillas, flanqueado por los dos matones que me habían interpelado y secuestrado en plena vía pública, los miré alternativamente antes de decidirme a preguntar de nuevo:

—Puesto que me *vais a suicidar*, a título personal y como favor... ¿os importa decirme el porqué?

El que se llamaba Andrew y parecía llevar la voz cantante me miró con atención. Al cabo de unos instantes anunció:

—En el fondo da pena, ¿no creéis, muchachos? Es un pobre desgraciado. No acabo de entender a quién puede molestar una cucaracha así... No lo entiendo, de veras.

—¡Ah, es eso! —exclamé como si el hecho cambiara en algo las cosas—, ¿Molesto a algún poderoso?

—Parece —Andrew mostró su dentadura amarillenta y carcomida en lo que pretendía ser una sonrisa.

—Tú sabrás lo que has hecho, fulano —se encogió de hombros el llamado Sean. Añadiendo a modo de justificación—: Nosotros somos profesionales. Cobramos por solucionar asuntos como éste. ¿Entiendes?

—¡Joder! Está clarísimo. Os ganáis la pasta enviando desgraciados como yo al otro barrio. ¡Qué vais de altruistas por la vida, digo yo!

—Habla de manera que te entendamos —se puso tieso y mosca Andrew en el fondo del asiento. Y sentenció—: Las palabras técnicas y la «magogia» esa o como se llame, no nos va. Somos gente sencilla, ¿entiendes?

—¡Lo tengo muy claro desde que os he visto!

Habíamos salido de la ciudad por una veloz autopista de la que no alcanzaba ni a leer los indicadores debido a mi posición dentro del coche y al raudo deslizarse del Nash.

—¿A quién he ofendido yo sin saberlo? —insistí—, ¿Qué pecado he cometido?

—Ni idea —me contestó Sean.

—¡Vale que ese tío habla demasiado! —intervino por primera vez el que estaba al volante, justo en el momento que abandonaba la autopista por una de las salidas laterales.

—Para lo que le queda... —dijo con frialdad Andrew.

Cinco minutos después y cuando habíamos atravesado un pueblecito de aquellos llamados pesebre porque existían pocas casas y separadas, internándose en un camino vecinal que surcaba tortuosamente un frondoso bosquecillo, el conductor redujo la velocidad hasta detener del todo la marcha.

—Hemos llegado, Andrew —dijo el chófer—. Este es un sitio excelente.

—O.K. Christopher. Un sitio excelente.

Sean fue el primero en saltar a tierra y separándose como un metro y medio del vehículo mostró de cara a mí, con el negro orificio del cañón por delante, una impresionante automática.

—Vamos, pichón, a tierra —me hizo señal con el arma de que me apeara, acompañando la orden verbal.

Obedecí, claro.

Tuve que agacharme para sacar la cabeza afuera. Luego los pies... feos pies metidos en los polvorientos zapatones. Por último la maleta.

La maleta.

Se la estrellé con inusitada violencia al tal Sean en la cara produciendo al chocar con ésta un crujido estremecedor. Estuve seguro, al momento, de haberle partido la nariz. De habérsela hecho fosfatina. Fue un golpe dolorosísimo, brutal, tanto por la

fuerza del impacto con que yo había proyectado el envoltorio color butano relleno de fajos de papel de periódico, como por lo inesperado de la acción.

Sean lanzó un seco gemido y soltó el arma para llevarse ambas manos a la jeta. Dolorida y castigada jeta. Aulló otra vez al sentir aquellas impregnadas de sangre.

El chófer, Christopher se llamaba, salió en tromba del Nash pistola en ristre y dispuesto a vaciar el cargador en mi espalda; más que verlo, lo intuí. Y en modélica exhibición equilibrista me mantuve erguido sobre una sola pierna porque la otra, la diestra, con zapatón polvoriento incluido la lancé atrás con seca sacudida incrustándosela en la cara al tal Christopher cuya nariz corrió idéntica suerte que la de Sean.

Aún reunió aliento suficiente para proclamar a los cuatro vientos que mi madre era una ramera.

Giré con los brazos a modo de aspas, recios, fulminantes, clavándole el filo de cada mano en sus flancos lo que hizo que se alzara de tierra, boquease después y acabara tropezando con mi rodilla incrustada en sus genitales.

Lanzó un berrido agónico que se partió en mil y un ecos por entre el silencio casi reverente con que nos obsequiaba el bosque. Tuve que forzar un escorzo de circo para hurtar mi cabeza a la bala que Andrew había cuidado de intentar meterme dentro de ella con la mayor meticulosidad, precisando el blanco con calma porque para ello había dispuesto casi de veinticinco segundos. Al apartarme tan oportunamente dejé el camino expedito al proyectil para que fuese a incrustarse en la frente de Sean que, atónito y dolorido, crispado, contemplaba como pareciéndole imposible sus manos llenas de sangre.

Pienso que no se enteró de que se *largaba*.

Se vino adelante con trágico balanceo y al final salió atrás como un torbellino para, luego rebotar en un arbusto, resbalando por el tronco de éste hasta quedar de bruces en tierra.

—¡Cabrón de mierda! —gruñó Andrew.

—Soy soltero —largué, con una mueca en la boca.

Trató, esta vez, de mejorar la puntería.

Yo, que esperaba esa «sana» reacción por su parte, había caído sobre el tambaleante Christopher al que atrapé por la cintura, alzándolo con una facilidad que debió producirle escalofríos al que intentaba balearme por segunda vez y, proyectándolo por encima del Nash, se lo puse a Andrew literalmente por sombrero.

Rodaron ambos por el suelo, con imprecaciones, exabruptos e insultos hacia mí, perdiendo su arma el único de los tres facinerosos que aún la seguía empuñando.

También yo volé por lo alto del coche, sin traje azul-rojo ni «S» de Superman, pero con la agilidad propia de quien se había quemado las pestañas bajo la luz de un gimnasio horas y más horas, recobrando la vertical para meter la pierna derecha en un costado de Christopher librando así de su peso al otro, dejando a Andrew en libertad...

En libertad de encajar mi otro zapatón en mitad de su mandíbula. El estremecedor chasquido que llegó hasta mis oídos me hizo temer que se la hubiese sacado de sitio. O fracturado. No... Pero casi.

—¡¡¡AAAAAAAAAAG!!!

A través de sus párpados trémulos y a lo lejos de la neblina que se extendía por delante de sus pupilas estrábicas me captó, me vio de nuevo en pie de guerra dispuesto a patearle.

Sin concesiones.

—¡NO, POR DIOS... NO! ¡TE DIRE LO QUE SE! ¡DAME... DAME ESA OPORTUNIDAD!

—Sólo pienso darte una, basura —le escupí. Preguntando escuetamente—: ¿Quién?

—Jim... Jim Santoni. Es un hampón que alquila sus pistoleros. Nos envió por ti con instrucciones concretas de... de suicidarte.

—¿Tenía que parecer un suicidio?

—Sí...

—¿Por qué?

—No lo sé —Andrew hablaba con dificultad, fatigosamente, pero hacía denodados esfuerzos por no demorarse, temeroso de que le aplicara de nuevo toda la violencia de mis conocimientos. Y dijo —: Pero insistió mucho sobre ese particular.

—¿Quién le pagó a Santoni por eso?

—Ni idea... ¡Te juro que no lo sé! El se entiende con el cliente y nosotros hacemos el trabajo... ¡Es así, te lo juro por mi madre!

—Me das asco, Andrew. Me repugnas. Quizá porque no me entra en la cabeza que puedan existir individuos como tú. Será porque para que el mundo sea mundo tiene que haber de todo. En fin... ¿Dónde puedo localizar al puerco de Santoni?

—Tiene una tienda de antigüedades en el Greenwich Village. 27 de Barrow Street.

—¿Estás hablando en Nueva York entonces?

—¡Claro! —parecía sorprendido de que yo le hubiera formulado aquella pregunta.. Añadiendo por su cuenta y riesgo—: Llegamos ayer. Impuestos acerca de cuándo y dónde encontrarte. Te hemos estado siguiendo hasta juzgar que era el momento de... Ya sabes.

—Sé, sí. Sé...

Sabía, ahora más que nunca, que aquello era un juego de

muerte en el que yo llevaba la peor parte porque estorbaba a alguien. Alguien que iba de importante. De intocable. Seguramente de mafioso. Estaba claro también que aunque no supiera el qué, había hecho algo para despertar las iras del misterioso individuo autor de aquella impresionante maquinación de la que yo era el objetivo y víctima.

Suicidarme...

¿Para justificar la desaparición, quizá, de ciento cincuenta mil dólares?

Hablando de dinero..., ¿quién me había suplantado a la hora de abrir la cuenta corriente?

Volvíamos al crucigrama de los porqués y las incógnitas. Y la solución no iba a encontrarla haciéndome preguntas, sino buscando respuestas.

Respuestas que en parte podían tener una chica llamada Cynthia y un hampón neoyorquino que se apellidaba Santoni.

Me ocupé de amarrar concienzudamente a Christopher y Andrew, usando sus correas, cordones de zapatos y la camisa del primero que convertí en tiras, asegurándome de que tardarían muchas horas en poder librarse de las ataduras y si no lo conseguían, muchísimas más en ser descubiertos por alguien.

Lógico que me sirviese del Nash para abandonar aquel paraje solitario y bucólico en el que había estado a punto de *suicidarme*.

CAPITULO VI

—Karina...

La exclamación, al otro extremo del tendido telefónico, a 3.900 kilómetros (1) de distancia, le fue arrancada del corazón.

(1) Habrán observado los lectores que anteriormente, capítulo II, el autor cifra en 4.900 kilómetros la distancia entre Nueva York y Los Angeles, hablando ahora de 3.900. No se trata de error, sino del hecho de que los primeros números corresponden a la distancia por vía férrea y los segundos por aérea. (N. del T)

Como un desgarró del mismo.

—¡HARVEY!

—Karina... —susurré, pegados los labios al microauricular. Repitiendo, con ronco aliento—: Karina... Me han ocurrido muchas cosas. Cosas extrañas que ahora no puedo contarte. Mira...

Me pareció que su tono era un lamento. Un quejumbroso canto, al interrumpirme:

—¡Harvey, por Dios! ¿Dónde estás?

—En Los Angeles...

—¡Los Angeles! ¿Qué haces ahí? ¿Por qué?

—Karina, así no vamos a ninguna parte —me quejé. Añadiendo

—: Te he dicho que ahora no puede ser. Las explicaciones luego, ¿vale? Limitate a escucharme.

—Dime al menos si estás bien —noté que lloraba.

—Confundido y nervioso, pero bien. Oye, muñeca... -¿Sí?

Consulté el reloj para cerciorarme de la hora en que vivía.

—A las cuatro ve a la BUJOLD'S CONSTRUCTION & Co. para decirle a...

—Inútil —me interrumpió otra vez, desde Nueva York.

Miré el auricular como si el bello rostro de Karina estuviese en él, repitiendo, interrogante:

—¿Inútil?

El *porqué* se me quedó dentro de la garganta pero ella, consciente de que lo pensaba, aclaró:

—El señor Bujold, Stanley Bujold en persona, ha estado en casa esta mañana. Preocupado, muy preocupado por ti...

—¿Preocupado? —volví a repetir. Y volví a guardarme el *porqué* dentro.

—Sí. El me ha explicado tu problema...

—¿Problema?

—¡Calla y deja de preguntar, de repetir como un pasmarote! —vibraba la excitación en su tono. Ahora, al saber que yo estaba bien, Karina dejaba paso a la indignación contenida durante

largas horas y ahogada, sometida por la incertidumbre. Prosiguió —: Me ha dicho que de un tiempo acá no eras el mismo de siempre. Que te veía taciturno, huraño. Como ausente... El viernes, súbitamente, le pediste una semana de vacaciones anticipadas alegando que te sentías agotado. Explicándole que habías acudido con anterioridad al médico y éste te había hablado de fatiga psíquica, principio de surmenaje, recomendándote como mejor terapia, único fármaco, descanso intelectual y cambio de aires. El, dice que accedió al momento y que quedasteis en veros el sábado en la oficina porque tú querías dejar unos asuntos resueltos, en orden, antes de tomar tu breve descanso. Aquel mismo día Stanley te preguntó si necesitabas dinero y aceptaste media mensualidad de noviembre adelantada. Luego os despedisteis...

—¡Eso es absurdo! —grité.

—Lo que más me duele es que me hayas mantenido..., no te diré engañada, pero sí al margen de todo esto. Harvey, por amor de Dios, dime la verdad de lo que te está ocurriendo.

—¡Mierda! Yo no le dije a Stanley que me encontraba enfermo ni acepté ninguna clase de anticipo porque... —me detuve en seco lo mismo que si una luz roja, luz de alarma, acabara de brillar en mi consciente. Y volví, al punto, atrás en mis contundentes afirmaciones—. Bueno, no recuerdo haber hecho nada de todo eso que dice el señor Bujold.

—¿De veras que no estás enfermo, Harvey? —me preguntó desde la distancia con inflexión cariñosa ahora.

—No lo sé... —sudaba. Yo, sudaba copiosamente. Pregunté de pronto—: ¿Llevaba la maleta color butano que me regalaste, el sábado, cuando salí de casa?

—Sí...

—¿Qué explicación te di?

—Que tenías que ir al encuadernador a recoger varios tomos de esa enciclopedia por fascículos que estás coleccionando. Me extrañó, porque sé que Eric Martin no abre los sábados... También me sorprendí la noche anterior cuando me dijiste que por la mañana irías a la oficina a poner en orden unos asuntos pendientes. Y me extrañaron tanto los hechos en sí como tu forma de comunicármelos. Tajante y lacónico. Advirtiéndome de que no aceptarías preguntas al respecto... no lo dijiste así, pero lo deduje. Para eso soy mujer. Opté por hacerme la engañada al tiempo que me sentía muy inquieta frente a tu actitud. Por eso no me ha sorprendido que el señor Bujold manifestase extrañeza y preocupación ante tu conducta de los últimos días. Pero todo eso, ahora ya, no tendría importancia a no ser por qué... —calló, como

si temiera algo o como si le causara dolor tener que decirme lo que aún no me había dicho.

Creció, frente a la pausa, mi nerviosismo y excitación.

—¡KARINA! —bramé—. ¿Puede saberse qué diablos me ocultas?

Se decidió de un tirón:

—Han desaparecido ciento cincuenta mil dólares de la caja fuerte en la BUJOLD'S CONSTRUCTION & Co...

Me quedé helado. Como un iceberg. Notando primero que la sangre no fluía por mis venas y sintiéndola después hervir, quemar, por encima de la piel.

Tenía un nudo en la garganta. Un nudo espeso y asfixiante.

—Ciento cincuenta mil dólares... —me pareció que había transcurrido un siglo entre el momento en que Karina había pronunciado la cantidad y el que yo la había repetido.

—¡Harvey! ¿Me escuchas?

—Sí... ¿Han avisado a la policía?

—Creo que sí. Harvey... ¿Tú... tú has robado ese dinero?

La respuesta debió anonadarla porque fue inconcreta. Porque dejaba margen a cualquier pensamiento y pocos de buenos.

—Que recuerde, no. Pero en la maleta... —callé. Callé en seco. ¿Para qué complicarle más la vida a aquella criatura?—. Oye, Karina. No le digas a nadie que he hablado contigo.

—Yo también estuve con la policía. Ayer por la tarde. Me aconsejaron que esperase. Un sargento muy amable me aseguró que muchos maridos, novios o compañeros, «desaparecían voluntariamente». Pero que la mayoría acababan por regresar. Me dijo también que yo no podía cursar una denuncia formal porque no me une a ti ningún vínculo familiar ni legal aunque, de todas formas, si dentro de una semana no habías vuelto, tomarían nota de tu ausencia.

—¿Qué más les dijiste? ¿Que estaba extraño, que...?

—Nada. Sólo que llevabas treinta y seis horas fuera de casa y que ello no era normal en ti. Harvey... ¿Por qué no regresas inmediatamente?

—Lo haré, Karina, lo haré —mi locución era febril y atropellada. Puntualicé—: Antes tengo que ver una persona aquí y hablar con ella. Quizá pueda aclararme algo de lo que me ha ocurrido. Karina... ni a Bujold, ni a la poli, ni a nadie. Nada de esta conversación, ¿eh?

—Harvey...

—Volveré pronto, cariño. ¡Adiós!

Colgué.

Así, que habían robado 150.000 pavos en las oficinas de la

BUJOLD'S, ¿eh? Los mismos que encontrara en mi maleta... ¿Los mismos? Yo era una de las cuatro únicas personas que tenían la combinación de aquella caja de caudales. Otra era el propio Stanley Bujold, obviamente; la tercera su socio Lauren Gere y la última David Land, cajero de la firma.

Tranquilo, Harvey. Tranquilo...

Yo no había robado los 150 billetes, suponiendo que fueran los de mi maleta aquellos que desaparecieran de la caja de caudales de la empresa donde trabajaba.

Y no los había robado por la sencilla razón que de haberlo hecho, nadie hubiera contratado al cerdo de Santoni para que enviase tras de mí a un terceto de hijos de perra con órdenes de *suicidarme*.

Daba la impresión, en principio, que mi muerte era la única forma de justificar la ausencia en una caja de caudales de 150 de los grandes. Suponiendo, había que insistir en ello, que unos y otros dólares fuesen los mismos.

Tenía que ver de nuevo a la golfa de Cynthia.

Esta vez la iba a calentar, pero de otra manera.

¡Pendón de mierda! En su apartamento me habían dado el cambiazo. Alguien había sustituido la pasta por papel de periódico.

Otra incógnita preocupante y hasta sorprendente era el saber la identidad del individuo que me suplantara a la hora de abrir una cuenta corriente a mi nombre en el CALIFORNIAN FEDERAL BANK...

Habíamos quedado antes en que eran respuestas lo que yo necesitaba y no romperme el coco formulándome preguntas.

Cynthia tenía mucho que hablar conmigo. Mucho...

Como en el apartamento de Cynthia no contestaba nadie, con lo que ya contaba, llamé al de al lado.

Me abrió, un minuto después, una rubia platino, teñida, despeinada, legañosa y en pelotas.

Con un par de tetas por bandera que eran toda una invitación a encamarse con ella. Y el resto no estaba nada mal. Buenas piernas, un trasero de aquí estoy yo... También tentaba y mucho aquel suave perfume, tibio, que parecía incluso hablar en un susurro, emanando de su piel.

—Hola, tío bien hecho —y largó un bostezo ruido so—. ¿Qué se te ha perdido por aquí?

—Quería preguntarte por Cynthia, leona.

—¿Cynthia? —abrió los ojos turquesa, como queriendo vaciarlos del sueño que contenían—. ¿Quién es ésa?

—La tía que vive aquí —señalé el apartamento—. Tu vecina

—Nones, guapo. Eso está desocupado desde hace la tira. ¿Por qué no entras y me das un poco de tu amor? Sin pantalones, ¡tienes que estar!

—Me enredaría y se me haría tarde —dije con una sonrisa—. Espero que lo comprendas.

—Más bien no, tío. Entiendo que vas como un perro detrás de la Cynthia esa. ¿Es que tiene música en...?

—¡No lo creas, despampanante! Se trata de mi hijo. Se ha fugado del correccional. Un amigo suyo me ha dicho que se mete en la cama con la tal Cynthia, y que ella vivía aquí.

—El amiguete en cuestión te ha tomado el pelo, bien hecho. Ese apartamento hace como medio año que está vacío. ¿Por qué no entras? Tú y yo podemos recorrer el paraíso juntos. Quedarnos en él para toda la vida. Con lo que yo llevo puesto... —hizo oscilar aquel par de montículos con cumbre color violeta—, ¿crees que puedes aburrirte?

—¡Marion! —gritó desde dentro una voz masculina—. ¿Qué coño pasa ahí fuera?

—Suponía que estabas sola, leona.

—Si tú aceptas, al marica ese le pego una patada en el culo y lo siento en la calle. ¿Hace?

—Comprende mi angustia de padre, Marion. ¿Seis meses dices?

—Mira, cachondo, en el apartamento 502, quinta planta, encontrarás al encargado del edificio. A lo mejor él puede iluminarte al respecto. Pero vuelve algún día, ¿eh?

—Volveré. Sí...

El encargado del edificio no me aclaró nada. Bueno... Dijo que

aquel apartamento había estado mucho tiempo por alquilar hasta que cuestión de tres semanas atrás un tipo llamado, si mal no recordaba Kirk Welles, lo había rentado por medio año. Pero Welles, tras abonar los alquileres más impuestos, no había vuelto a aparecer por allí.

Cabía esperar un montaje de aquellos. Cynthia era una figura en la distancia a la que no volvería a ver. Muy posible que sólo la hubiesen utilizado para aquella breve secuencia de la maquinación.

Ahora, pues, no me quedaba más alternativa que regresar a Nueva York y tener un cambio de impresiones con Santoni. Luego, era obligado entrevistarme con mi jefe Stanley Bujold, aun corriendo el riesgo de que me denunciara a la policía como autor de la sustracción de los 150.000 dólares.

Cogí un taxi que me dejó en las instalaciones del aeropuerto.

Acababa de gestionar mi billete en la ventanilla de la «Pan American» y me dirigía a una de las salas de espera cercanas a los accesos de control y salida hacia el andén donde el bus te llevara al pie de la escalerilla del avión, cuando parpadeé con asombro, tratando de dar crédito a lo que veía.

¡Menudo juego de locos!

Lo que estaba viendo que me causaba tanto asombro se puso en pie y vino hacia mí.

—Hola, Harvey.

—Cynthia... —musité. Era hasta absurdo pensar que de haberla hallado media hora antes me habría resultado extraordinariamente fácil estrangularla, y ahora, ahora, pronunciaba su nombre en un susurro y casi con temor. O con alegría apenas contenida. Repetí—: Cynthia... —pregunté, tonto—: ¿Qué haces aquí?

—Esperándote...

—¿Cómo por la mañana en la estación del tren?

—Tenía la certeza de que en un momento u otro, una hora u otra, un día u otro, aparecerías por el aeropuerto.

La tomé por un brazo llevándola al rincón opuesto de la sala, que estaba solitario.

—Explícate, por favor.

—Me pagaron por lo que hice. Que en principio no me parecía un delito. Vi tu foto, me dijeron a la hora que llegarías a la estación del ferrocarril... Debía tropezarme contigo y llevarte al apartamento cuyas llaves me entregaron. Cuando te hubieses dormido tenía que desaparecer, dejando las llaves en el buzón... Eso hice.

—Lo hiciste muy bien.

—Pero como te había conocido, me gustabas y sé que eres una buena persona, la conciencia ha comenzado a remorderme. Y aquí estoy, Harvey.

—¿Quién te contrató?

—Fue por teléfono. Me dijeron que vendría un tipo a tomar café en el local donde trabajo y me daría un sobre con tu retrato, las llaves, instrucciones detalladas y mil dólares. Voy mal de pasta y acepté. Me advirtió el anónimo comunicante que luego tenía que olvidarme totalmente del asunto. Que jamás en mi vida había visto a un tal Harvey Mason. No he podido olvidarme, ya lo ves...

—¿Y si estuvieras actuando de nuevo para esa gente?

—¿Te parece que es eso?

Tuve un arranque y la besé en la boca.

Pensé, otra vez, que era facilísimo enamorarse de ella.

Pensé, también, en cómo la vida, el destino, unía a las personas. Y pensé, por último, en Karina. Sintiendo un tremendo complejo de culpabilidad.

Aun así, volví a besar la boca dulce, fresca y jugosa, de Cynthia. Suspiró su voz cálida al decir

—Harvey, Harvey... Esto es una locura.

Me salió de lo más recóndito de mi corazón, preguntarle:

—¿Quieres venir conmigo a Nueva York?

Una sonrisa espontánea iluminó su bello rostro.

—¡Menos mal! —casi gritó, colgándose de mi cuello—. Si no llegas a pedírmelo. Tengo mi maleta en consigna.

—Zorrita....

La acompañé por su equipaje y regresamos de nuevo al mostrador de la «Pan American World Airlines». Afortunadamente, la chica conservaba íntegros sus mil dólares.

Cynthia, ahora, me reconfortaba. Hacía que no me sintiera tan solo.

Le estaba tomando yo ley a aquella criatura. Demasiada quizá. Demasiada...

No podía borrar de un plumazo, precisamente después de todo lo ocurrido, de Ja serie de extrañas circunstancias que en cuarenta y tantas horas habían convergido en mi persona... no podía borrar de un plumazo a Karina.

No habría sido humano. Ni ético. Ni de conciencia.

Nos encontrábamos ya «caminando» por lo alto de las nubes y entre ellas, rumbo a Nueva York, cuando decidí sincerarme y contarle a la pelirroja todo lo que me había sucedido.

Punto por punto.

—Es extraño... —dijo luego de escucharme atentamente, como masticando cada una de las letras.

—¡Y tan extraño! —asentí en vigorosa exclamación.

—No me refiero a todo, que por supuesto lo es... —siguió murmurando ella—, sino a un hecho concreto. ¿Dices que has notado que la maleta pesaba menos al salir del apartamento donde hemos estado juntos? —Sí...

—Extraño.

—¡Diablos! ¿Por qué?

—La diferencia de peso que existe entre el papel moneda y el de periódico, metidos dentro de una maleta, no creo que sea tan determinante como para que se note hasta el extremo de llamar la atención.

Me pellizqué la barbilla al tiempo que, meditativo, alertado por las explicaciones coherentes de Cynthia Seymour, mordisqueaba casi masoquista mi labio inferior.

—Claro. Sí... Pienso que tienes razón. Mucha razón. Y pienso que estás insinuando que yo noté la disminución del peso no por el cambio, no porque hubiesen sustituido los billetes de cien por recortes de periódico... *sino porque extrajeron de la maleta algo que yo había traído dentro de ella desde Nueva York a Los Angeles.*

—Así es, Harvey. No puede existir otra explicación lógica para razonar tu actitud con respecto a la maleta y su peso.

Luces potentes, gigantescas, inundaron de claridad mi hasta entonces oscurecido cerebro.

Y dije, igual que si me lo explicara a mi mismo: —He sido utilizado para trasladar *algo* dentro de esa maleta. Razón por la que después tenía que *suicidarme*. Para que no le hablase a nadie de mi rocambolesca aventura. De una extraña epopeya con final luctuoso que podía justificarlo todo o no aclarar nada: *el suicidio*. ¿Serviría de excusa el hecho de haber robado 150.000 dólares, abierto una cuenta corriente con ellos a cuatro mil kilómetros de distancia de donde los sustrajera, cuenta de la que luego extraería casi su totalidad para invertir en un supuesto negocio de construcciones... para acabar desbordado por mis propios *errores* decidiendo pegarme un tiro en la sien?

Ella me ofreció una de sus más acariciantes sonrisas al tiempo que confesaba:

—Me siento muy satisfecha porque te he ayudado a razonar, a abrir un resquicio de luz donde antes, inconscientemente eso sí, había contribuido también a sembrar tinieblas. Empiezo por fin a sentirme en paz con mi conciencia, Harvey.

—Y yo, linda, empiezo a enamorarme mucho de ti. Muchísimo. Y no me preguntes cómo lo sé. Lo sé y basta.

—Ella no se merece que le hagas eso... —ya asomaba otra vez su conciencia.

Me ladeé sobre el asiento para buscar su boca de fresa, su boca madura, y su aliento cálido, con la mía.

Tras el beso lleno de emotividad y pasión, rasgué nuestro silencio con hilo quebrado de voz:

—Calla, por favor. Calla... Deja que disfrute de ti y no digas nada. Eres lo único bueno que me ha sucedido en estos dos días.

—Bueno y pasajero, Harvey. Entiéndelo...

—¿Me quieres? —la corté.

Tras una duda fugaz, resolvió:

—Pienso que sí. Pero de todas formas soy consciente de que lo nuestro no puede tener continuidad.

—Careces de poder para decidir nuestro destino, pequeña. Las cosas son como son y no como queremos que sean.

—Tampoco tengo derecho a arruinar el destino de otra persona. De otra mujer que ama como yo...

—Has vuelto a decirlo —me ilusioné, estirándome hacia arriba—, ¡es cierto que me amas!

—Sí. Pero eso no cambia las cosas aunque te empeñes tú en decir lo contrario. Harvey, sé razonable. Juicioso.

—Cynthia, estoy enamorado de ti con todo el juicio del mundo. De verdad. No puedo renunciar ahora. No quiero...

La azafata, a través de los servicios de megafonía de a bordo, anunció la conveniencia de apagar los cigarrillos y ajustarse los cinturones de seguridad porque faltaban muy pocos minutos para tomar tierra en el «John Fitzgerald Kennedy International Airport» neoyorquino.

Cynthia aprovechó para darle un giro rotundo a la conversación que veníamos manteniendo:

—¿Qué piensas hacer una vez pisemos Nueva York?

—Rebanarle el pescuezo a Jim Santoni si no me dice todo cuanto deseo saber.

Insistió, la azafata, en lo de los pitillos y el cinturón.

CAPITULO VIII

El taxi nos dejó en la zona west del south Manhattan.

Justo en la confluencia de Seventh Avenue con Morton Street.

En el lugar exacto donde mi amiguete Basinger, Harrison Basinger, tenía abierto aquella mezcla de snack, nighth-club, casino ilegal y fumadero de hachís y otras «yerbas» similares que bautizara con el nombre delirante de «Black Milady».

Allí, en aquel tugurio con maneras y aspiraciones de algo, había fumado yo mi primer porro. Y el último. Porque nunca jamás le pegué calada a papel liado alrededor de yerba.

Cynthia se quedó parada.

—¿Es ahí? —me miraba interrogante.

—No. Pero es donde me esperaras mientras yo visito a Santoni.

—¿No sería mejor que fuese contigo, Harvey?

—No.

—Tienes raigambre machista, ¿eh? Eres de los devotos «del *no* porque *no*...»

—Te equivocas. Soy un liberal casi reaccionario. Y admito las igualdades al tiempo que acepto las posturas reivindicativas, a excepción hecha del momento de correr peligros.

—Entonces...

—Siempre existe una excepción que confirma la regla. Y dejémonos de terminología vacua, ¿te parece? —le señalaba la puerta de entrada de «Black Milady» al tiempo que me hacía a un lado.

Harrison Basinger era delgado como una lombriz. Calvo como una lombriz. Escurridizo como una lombriz.

Por eso le atrapé con firmeza por un brazo.

—¡Eh, Harvey! —gritó—. ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Qué se te ha perdido por aquí?

Le enseñé mis dientes. Blancos dientes. En lo que simulaba ser una sonrisa.

—Ya sabes que los lugares como «Black Milady» me vuelven loco.

—Pues no se nota...

—Vengo poco porque si no se convertiría en vicio irreversible.

—Te explicas que es un contento —se contorsionó como una lombriz.

—Esta es mi amiga Cynthia —le presenté a la excitante pelirroja que hacía lo imposible por sentirse cómoda en aquel lugar, en oscuridad más que en penumbra, que la asfixiaba.

—¡Vaya! —le dio un beso en cada mejilla—. Eres preciosa... ¿Te lo ha dicho ya éste?

—Sí... —murmuró ella tímidamente.

—¿Y tú le has dicho a Karina que te paseas con este bombón?

—No tiene porque saberlo.

—¡Claro! ¿Cómo no lo habré pensado antes? Entiendo que pretendes algo de mí, Harvey.

—Brillante la deducción, Harrison. Me felicito por tener un amigo tan inteligente como tú...

—Gracias.

—Necesito que Cynthia se quede aquí, fuera de cualquier peligro, hasta que yo esté en condiciones de hacerme cargo de ella.

—Hecho. ¿Qué más?

—¿Podemos hablar en privado?

—O.K. —cabeceó mi amigo lombriz. Diciendo—: Un momento...

—y llamó—: ¡Prunella! ¡Prunella! ¿Quieres venir, por favor?

Mezclada en la oscuridad apareció una figura prima rosa, llena de curvas, con un par de pechos de infarto y una anatomía brutal, de piel totalmente negra.

—Te presento a Cynthia, Prunella. Cynthia... ¿Podéis ser buenas amigas?

La negra puso en la oscuridad la nota blanca de su sonrisa.

—Nos dedicaremos plenamente a ello, ¿eh Cynthia?

—Estoy segura de que lo conseguiremos —dijo, sonriente por fin, mi bella y pelirroja acompañante. Comprendí por su expresión que Prunella le había caído bien y comenzaba ya a sentirse más integrada en aquel lugar. Bastó oírle preguntar—: ¿Los hombres de tu raza son también totalitarios?

Prunella la tomó del brazo, exclamando:

—¡Uy, querida! ¡Si yo te contara! Vámonos... Hay que dejar a los intelectuales que arreglen el mundo.

Al quedarnos solos la expresión de Harrison cobró seriedad y severidad.

—¿Estás en apuros, Harvey?

—Apuros es poco, compañero.

—Soy todo oídos. Vayamos a mi despacho.

Allí, cómodamente arrellanados, le conté mi odisea.

—Yo no estoy acostumbrado a desenvolverme en según que ambientes —terminé diciendo. Y agregué—: Por eso necesito tu colaboración. ¿Estás dispuesto?

Por toda respuesta, Harrison Basinger, abrió el cajón central de su escritorio extrayendo una pavonada «Parabellum» del calibre 7.92 mm. y una correa funda que se colocó adecuadamente alrededor de la espalda y parte del tórax, encasquetándose después una cazadora de cuero negro con cremallera.

Del mismo cajón obtuvo una «Browning» del 6.35, la cual me

tendió, preguntando:

—¿Te acuerdas de hacer funcionar esto?

—Creo que sí. Sí... —afirmé, metiendo el arma entre el pantalón y camisa, en la cintura.

—Tú actuarás a tu manera, escribiente —sonrió. Puntualizando—: Yo me limitaré a estar atento para que no te agujereen la espalda con plomo.

Quise informarme con tono humorístico de:

—¿Debo entender entonces que me acompañas a visitar a Santoni?

—Si no lo hiciera me remordería la conciencia al leer tu esquila en el *New York Times*. Sí... Te acompaño. Hace tiempo que no le veo la jeta a ese hijoputa.

Un par de minutos después abandonábamos el «Black Milady».

CAPITULO IX

Greenwich Village.

Barrio bohemio neoyorkino.

Muy bohemio.

Barrio golfo neoyorkino.

Muy golfo.

Intelectuales baratos. Caros también, pero en decadencia, en pleno declive. En el ocaso de lo que fuera una época precedente brillante. Drogadictos y maricas, o maricas drogadictos que era tener dos problemas y ambos graves.

Putas... En el ejercicio de las labores propias de su sexo.

Todo eso y más.

¡Ah!, y tiendas antiguas de antigüedades.

Como la de Jim Santoni, tapadera de otra serie de actividades menos honestas pero mucho más lucrativas.

Como alquilar asesinos por ejemplo.

Al estilo de los viejos tiempos. De los felices 30.

Gastados émulos de Capone que nunca, pese a todo, tendrían la categoría de Cara Cortada.

Porque aunque a la gente honrada no nos guste, hasta para ser gángster hay que tener clase. Y agallas.

Lo que le escuché decir una vez a mi abuela, siendo yo un tierno infante: «Para ser puta y no ganar nada...» Entonces no comprendí lo que aquello significaba, pero con el paso de los años...

Barrow Street

Me dejé de absurdas retóricas y filosofías baratas porque estábamos frente al número 27. Allí me reencontraba yo con toda mi compleja problemática. Con un ferrocarril que hada una y otra vez tak-takatak, el desencanto de descubrir que tenía los pies feos, mi maleta color butano con 150.000 pavos dentro que ahora intuía habían volado de la caja fuerte de la BUJOLD'S para acabar en una cuenta corriente del CALIFORNIAN FEDERAL BANK que yo había abierto, sin saberlo, de lo que hora y media después había retirado 145 para invertir en construcciones seguramente por deformación profesional... con toda mi compleja problemática, sí, dimanante de una maquinación que alguien había urdido, bien para salvar una responsabilidad delictiva, bien para obtener sustanciosos beneficios.

Y un enigma que podía ser la clave: el *algo* que yo había transportado en la maleta de marras desde Nueva York a Los Angeles.

Era cuestión de hacerle algunas preguntas a Santoni.

Ya

Entré. Solo.

Habían muchas estanterías de madera pasto de la carcoma conteniendo figuras, relojes, estatuillas, y un largo etc. Muebles viejos de diferentes estilos. Alfombras y esteras incluso. Armas...

Al fondo existía un mostrador bajo, de detrás del cual surgió un fulano menudo con todas las trazas de haber nacido hombre por esas molestas equivocaciones de la naturaleza.

Hizo una cucada. Y un guiño extraño en su afán de ser amable, al tiempo que me preguntaba:

—¿En qué puedo servirle, caballero?

Educado sí era.

—Me gustaría hablar con una figura.

Se me quedó mirando como si viera visiones. Muertos que se levantaban de sus eternos lugares de reposo.

—Me temo que no le he entendido —dijo, tratando de mantenerse afectuoso y coherente.

—El figura de ésta pocilga es Jim Santoni, ¿no?

—¡Ah...! ¡Oh, Dios! Que manera tan complicada de decir las cosas que tiene usted. ¿Así que pregunta por el señor Santoni?

Le miré con ojos aviesos.

—¿A ti que te parece?

—No está.

Lo dijo demasiado de prisa para que fuera verdad.

De la estantería más cercana tomé una porcelana china que representaba la onerosa figura de Buda.

Dejándola, al punto, caer en tierra. Donde, naturalmente, se hizo añicos.

—¡Pero qué torpe soy! —me recriminé con un gesto tan burlón como pesaroso—. Créame que lo siento —y con lentitud exasperante pisé los pequeños pedazos de la porcelana que crujieron, lastimeros, debajo de mis ochenta y dos kilos. Al tiempo que preguntaba—: ¿Tardará mucho en venir el figura de la empresa? Porque si la demora es larga, imagínate la de porcelanas que se me pueden caer, paisano.

—¡Qué locura! —se desesperaba con las manos en las sienes—, ¡Qué barbaridad! ¡Esa figurilla valía un imperio! ¡Pero...! ¿Porqué?

—Cuando me impaciente suelo ponerme muy nervioso y me da por romper cosas. ¿Cuándo vendrá ese puerco?

Corrió la mariquita a refugiarse tras el mostrador, diciendo:

—¡Espere, por favor! Le llamaré por teléfono...

Estaba inclinándose detrás de la tarima, pensé que buscando el

aparato oculto allí cuando la puerta del establecimiento se abrió y la «Parabellum» de Harrison Basinger, provista de silenciador, le metió un plomo al tipo en el centro de la sien izquierda de acuerdo con la postura que ocupaba, medio agachado, cubriendo parte de su esquelética anatomía con el mostrador.

—¡Harry! —bramé—, ¿Qué diablos...?

—¡A tierra, Harvey!

Obedecí, por instinto.

Un tipo alto con cara de gorila acababa de asomar por entre los cortinajes que servían de frontera, separando la tienda de las dependencias interiores, con una impresionante «Magnum» en la diestra y sujetándose la muñeca con los dedos de la zurda para precisar mejor el tiro.

Girando en el suelo tiré de la «Browning».

El menda se ocupó de Harrison que corría en zigzag para protegerse detrás de una estantería repleta de artículos y yo, temerariamente, me puse en pie dándole al gatillo.

Como mi automática no gozaba de silenciador el disparo estalló dentro de la tienda como un cañonazo y el plomo fue raudo a colarse en el pecho del tipo haciéndole girar en seco y salir lanzado atrás al tiempo que largaba una imprecación.

Hizo funcionar su «Magnum» aún, merced a un movimiento reflejo, pero su proyectil se limitó a desconchar el techo.

Harrison me hizo un gesto al tiempo que se volvía hacia la calle para seguir, desde allí, cubriéndome de posibles riesgos que se presentaran por la espalda.

—¡Santoni! —grité entonces—, ¿Sales... o entro por ti a tiro limpio?

Escuché una voz trémula que salía con dificultad de la garganta que la pronunciaba:

—¿Me da su palabra de no disparar?

—Vale. Pero asoma el morro de inmediato, penco.

Lo hizo.

Era una mierda de tío tanto en lo moral como en lo físico.

Traía las manos en alto.

—Bájalas, basura.

—¿Qué quiere de mí?

—¿Sabes cómo me llamo, verdad?

Asintió, sin dejar de estremecerse.

Todos eran iguales. Valientes cuando la fuerza y el número estaban a su lado.

—Mason... Harvey Mason.

—De los tres tipos que mandaste tras de mí a Los Angeles, uno está muerto y los otros dos maltrechos. ¿Hace falta que te diga

más?

—Me hicieron... me llamaron por teléfono —murmuró, tembloroso. Explicándome—: Quiénes contratan esta clase de servicios no dan la cara, Mason. Se puede imaginar el porqué, ¿no? Te dicen lo que quieren y envían el dinero y las instrucciones, o las fotos si hace el caso, a través de un recadero. Así sucedió...

—No te creo, Santoni. ¿Cuántos años llevas en *esto*?

Jim no supo entender adonde pretendía llegar con la pregunta, pero dijo:

—Como unos veinte...

—Entonces, carroña, aún te creo menos. Si has logrado subsistir veinte años enviando a pistoleros que dependían directamente de ti y que podían conducir a ti, a ejecutar sentencias de muerte, sin que la poli te haya puesto de patitas en el despacho del fiscal del distrito es por dos elementales razones; primera: porque debes ser confidente de la bofia y pasas importantes informes merced a los cuales, te *ignoran*; segunda: porque tomas todo tipo de precauciones acerca de tus clientes y calibras como comprometerles si las cosas llegan a complicarse.

—¡Absurdo! Nadie me encargaría ningún trab...

Me fui acercando a él al tiempo que guardaba la «Browning».

—Jim... —le interrumpí—. Estás acostumbrado a mentir pero lo haces mal. Muy mal. Jim... ¿Me quieres decir la verdad?

—¡Le juro que...! —gimoteó.

Mi pierna derecha salió adelante como un obús barrenando el diafragma de aquel famélico engendro que, al quedarse sin aire porque el golpetazo le había obligado a expulsarlo brusca y prontamente, se encogió. Fue cuando le metí el canto de la zurda en mitad del pecho haciéndole crujir costillas y hasta los pulmones creo, lo que le proyectó atrás como una exhalación escupiendo una bocanada copiosa de sangre.

—Límpiate la boca, cochino —dije, ominoso.

Jim Santoni había quedado de rodillas en el suelo.

Tosiendo.

Lo que hacía que la sangre, en menos cuantía ahora, siguiera brotando por entre sus labios.

Parecía que me implorase... Y tal como poco antes le dijera a Basinger yo no estaba acostumbrado a desenvolverme en determinados ambientes. Tenía reglas morales que no era capaz de saltarme a la torera. Podía ser peligroso y hasta mortal a la hora de defenderme, pero jamás a la hora de atacar incluso haciéndolo, como lo estaba haciendo en aquel momento, por una causa hartamente justa.

Por descubrir la identidad del canalla que había urdido una

diabólica maquinación destinada a hundirme. En principio a *suicidarme*, extremo en el que afortunadamente mi enemigo y sus ejecutores del bajo hampa habían fracasado.

Quiero decir con todo esto que no fui capaz de machacar a Santoni para arrancarle de una vez por todas la pretendida confesión.

Le di cuartel.

Y estuvo en un tris de ser mi ruina.

Porque aquel hijo de perra mientras permanecía de rodillas, doblada la cabeza contra su tuberculoso tórax, retorciéndose, tosiendo, movió la diestra como merced a un espasmo y por obra y gracia de aquella sacudida una navaja de resorte descendió veloz por dentro de la manga de su chaqueta, le cayó abierta en la mano y con velocidad centelleante, con práctica de asesino que era, la envió hacia mí con el acero por delante despidiendo brillantes esquirlas de muerte conforme los sesgos de luz impactaban sobre ella.

La punta voraz y celérica que hendía el aire con mensaje asesino se me acercó, vertiginosa, sorprendiéndome sin margen posible a la reacción, permitiéndome pensar no obstante en las décimas de segundo que estaban precediendo a mi finiquito, que sólo un milagro podía salvarme.

El milagro se hizo y se hizo con sonoridad.

Con estruendo.

De nuevo la «Parabellum» de Basinger apareció en escena, sin silenciador (más tarde él me confesaría que no se sentía a gusto para precisar el tiro con silenciador puesto) esta vez, rectificando con un plomo matemático la dirección del acero que, instantes después, tintineó sobre las baldosas con eco fúnebre, macabro.

Santoni, con torpeza porque mi último trallazo había sido muy duro, intentó una estúpida huida.

Harrison, que éste sí que no andaba por las ramas, le clavó una bala en el hombro derecho convirtiéndolo en un muñón de carne que se retorció en el suelo gimiendo y blasfemando aun tiempo.

—Ves teniendo miramientos con esas ratas y acabarás al otro lado de unos ladrillos o debajo de unos palmos de tierra, con pensamientos, crisantemos y siemprevivas, compañero —me recriminó.

—O.K.

Le vi desaparecer como antes del escenario de los hechos.

Se dice de antiguo que quien tiene un amigo tiene una mina; pero si el amigo es como Harrison Basinger, tiene un seguro de vida además de la mina.

Avancé hasta inclinarme encima de Jim Santoni en cuya sien derecha apoyé el cañón de la «Browning» al tiempo que, decididamente resuelto, curvaba el índice diestro en tomo al

gatillo.

—¿Quién, Santoni? Es la última vez que te lo pregunto.

—¡Juro que fue por teléf...!

Apretando más el orificio del cañón contra su pulso frontal dije, irónico:

—Me acabarás convenciendo, roedor de cloaca, de que debo pedirle responsabilidades a la telefónica por su grado de complicidad en esta puta maquinación urdida en mi contra. Nadie conoce a nadie. Todo el mundo se ha puesto en contacto con todo el mundo por teléfono. Lo siento... ¡Adiós, Santoni!

—¡¡NOOOO!! -aulló.

—¿Has mejorado en memoria? —pregunté, sin retirar el cañón.

—Burt Malden —dijo, rendido a la evidencia de que estaba resuelto a liquidarlo.

—Burt Malden... —repetí, despacio—. ¿De qué me sonará a mí ese nombre? —le di un giro al interrogante dirigiéndoselo al que seguía hecho un ovillo con un pedazo de plomo en el hombro—: ¿De qué te suena a ti, alimaña?

—Es... es abogado. Y gestor administrativo. Se cuida de los asuntos sucios, en el aspecto legal, de gente importante.

Y Dios dijo... *hágase la luz*.

La luz se hizo en mi cerebro.

BURT MALDEN, ¡claro! El abogado particular de... de Stanley Bujold

Stanley Bujold. ¿Por qué?

La pregunta más lógica en aquellas circunstancias y después de todo cuanto me había sucedido en el corto espacio de casi setenta y dos horas ya, era: ¿Por qué no lo había sospechado antes?

Stanley Bujold...

Caminé atrás, hacia el mostrador, en busca del teléfono situado en uno de los anaqueles que existían por la parte de atrás de aquel. Y al tropezar con el cadáver del homosexual que me atendiera en principio observé la pistola que aún rozaban sus dedos diestros... la pistola que intentó coger cuando había fingido querer telefonar.

¡Bendito Harrison! ¡Intuitivo Harrison!

Experimentado Harrison, mejor.

Yo sí usé del aparato.

—Policía al habla —dijo una voz bronca, como resabiada—. ¿Quién llama?

—Eso es lo de menos, agente. Envíe un coche radio patrulla y una ambulancia al 27 de Barrow Street, en el Greenwich. Es una tienda de antigüedades propiedad de Jim Santoni. Encontrarán dos muertos y al propio Santoni herido de bala. El les explicará el

cómo y por qué.

—¡Oiga, oiga...!

Incrusté el auricular en la horquilla y luego, pegándole un violento tirón al cable, lo arranqué de cuajo de la conexión, para evitar que Santoni pudiera utilizarlo en el interín que precedería a la llegada de la poli.

En la calle, Basinger me preguntó:

—¿Has sacado agua clara?

—Clarísima —repuse abatido.

—Explícate, ¿no?

Me limité a pronunciar un nombre:

—Stanley Bujold.

—¿No es ése tu...?

—El mismo —corté. Y le dije lo que antes me había dicho a mí mismo—: No he sabido comprenderlo de claro que estaba. No podía ser de otra forma.

—Es aquello de siempre, Harvey. Las hojas, las malditas hojas que no nos dejan .ver el bosque. ¿Qué piensas hacer?

—Primero de todo ir a casa. Cuando pienso en Karina la conciencia me remuerde.

—¿Por qué estás enamorado de esa otra chavala entonces...?

—Entonces.

—Poco, pues, tienes que decirle a Karina.

—La verdad simple y llana. La verdad de todo lo ocurrido. Para que me ayude a culpar al destino... Un destino al que ha forzado Stanley Bujold con los maquiavelismos de su maquinación.

—Yo, Harvey, me ocuparía primero de ese tipo. Luego tendrás todo el tiempo del mundo para darle explicaciones a Karina.

Le sonreí como abatido. Como muy triste.

Ahora que tenía motivos para saltar de alegría puesto que rozaba con mis manos la realidad cruda de unos hechos que habían estado en un tris de acabar incluso con mi buen equilibrio psíquico, ahora precisamente, me sentía triste.

Apesadumbrado.

Quizá porque el final se acercaba. Y entonces tenía que enfrentarme a mi propia verdad. A la verdad de mis sentimientos que me obligaba a elegir entre Cynthia y Karina, procurando ser honesto con ambas.

No había honestidad que valiera cuando a una chavala que te había dado cariño y cuartel en el catre durante seis meses consecutivos tenías que decirle: «Lo siento, chica. Ha aparecido una que me gusta más que tú».

—No lo entenderías, Harrison. Mi estado de ánimo en estos instantes no es fácil de explicar. Hasta a mí me cuesta entenderlo.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No. Esto tengo que hacerlo yo solo. Y lo de Bujold, también.

—Como quieras, Harvey. Pero ten prudencia, ¿eh? Ya has comprobado el *modus operandi* de según que gente.

—En Los Angeles ya tuve mis más y mis menos con aquel terceto, como te he contado. Tú y Prunella cuidar mucho de Cynthia hasta que pueda hacerme cargo de ella definitivamente.

—Nadie le rozará ni un cabello mientras esté bajo mi tutela.

—Lo sé, compañero. No se la habría confiado a nadie que no fueses tú.

Nos estrechamos las manos fuertemente.

—Suerte, Harvey.

—Gracias...

Y con el pensamiento, añadí:

«Que falta me va a hacer.»

CAPITULO X

Estaba tan hermosa como siempre.

Que era lo mismo que decir muy hermosa.

Con las mejillas coloreadas, rojas como crespones, recordando aquellas muñecas antañonas de trapo con que jugaban las abuelas de hoy y a las que se llamaban «peponas».

Más que mirarme, Karina me devoraba con sus ojos llenos de luz, ávidos de mi persona. De verme tan solo. Sin reflejar otro tipo de interés físico o sexual.

Repitió, por tercera o cuarta vez:

—¡Creía que no iba a verte de nuevo!

—Y yo... Llegué a pensar que no podría decirte adiós.

—Parece que hayas venido a decírmelo, Harvey —dijo. Y pareció ponerse en guardia, preguntando—: ¿Es que ha ocurrido algo que no te atreves a decirme?

—Algo sí ha ocurrido —me salí por la tangente. Rubricando—: Al menos, así me parece a mí.

Karina se dejó caer en la butaquita de enfrente.

—Me estaba refiriendo a algo que tenga relación directa con nuestro apartado sentimental...

—Stanley Bujold ha sido el alma de una maquinación destinada a terminar conmigo —volví a escaparme por una tangente que, esta vez, impactó en el ánimo de Karina.

Sus rojos labios de fisuras húmedas se distendieron en una «O» de asombro.

—¡Harvey! ¡Eso es una...!

—¿Locura?

—Sí. Stanley Bujold no puede... ¡Resulta increíble!

—Todos en esta vida somos buenos y honrados hasta que dejamos de serlo.

Los ojos de Karina se clavaron en los míos. Con interrogante súplica.

—¿Estás seguro?

—Por completo.

—¿Tienes pruebas?

—Tengo la confesión de un tipo del hampa que envió por mí a tres de sus pistoleros siguiendo instrucciones de Burt Malden, abogado personal y asesor jurídico de Stanley Bujold y su empresa.

Karina estaba atónita.

Y de pronto lanzó un razonamiento que puso en tela de juicio todos los míos, que hizo vacilar los cimientos que sobre la

maquinación yo había construido después de escuchar las revelaciones de Jim Santoni.

Fue éste el razonamiento:

—¿Estás seguro de que el tal Malden ha seguido en esto las directrices del señor Bujold? ¿Quién no nos dice que ese abogado obraba en consecuencia de sus propios intereses?

No podía ser.

—No puede ser —dije. Razonando—: Burt Malden no tiene nada que ver conmigo. Es más, no creo que recuerde ni que existo. Que soy el contable de la BUJOLD'S CONSTRUCTION & Co.

—No entiendo la razón por la que Bujold pueda haber concebido una monstruosidad así. Esta mañana, cuando ha venido a...

—La razón se resume en *algo* que yo transporté dentro de la maleta, a Los Angeles, debajo de 150 fajos de billetes de cien dólares.

—¿Y qué puede ser ese... *algo*?

Iba a decir que tenía una sospecha cuando me pareció escuchar una tenue conmoción a mi espalda.

Como un siseo.

O como el roce de las perneras de un pantalón al avanzar las piernas embutidas dentro de ellas.

—Díselo ya, Karina... —se me adelantó una voz en la respuesta. Una voz que era conocida y familiar para mí: la voz de Stanley Bujold. Concretando—: Dile que trasladó a Los Angeles un alijo de droga por valor de millón y medio de dólares.

Juro por Dios que me quedé perplejo.

Atónito.

Estupefacto.

Más, mucho más que cuando me despertara en el interior del compartimento de un tren al que no recordaba haber subido, un tren que me hizo concebir extrañas filosofías acerca de la fealdad de mis pies. Un tren que me torturaba con su nonocorde tak-takatak y en el que había encontrado mi maleta color butano con 150.000 pavos en el interior.

Y un cargamento de drogas por valor de un «kilo» y medio, según acababa de decir ahora, a mi espalda, el dueño de la empresa donde yo trabajaba como contable.

Perplejo, sí.

Atónito, también.

Estupefacto, por supuesto.

Y no porque con su voz y su presencia Stanley Bujold confirmara una culpabilidad en los hechos que yo daba por sentada desde hacía varios minutos, sino porque su manera de expresarse confirmaba al mismo tiempo la complicidad de Karina.

De mi chica.

De una chica a la que a mí me estaba doliendo en el alma tener que decirle que me había enamorado de otra.

Ahora... ¡ahora sí tenía motivos para que me doliese el alma!

Karina.

¡KARINA!

Que ahora me estaba mirando con una expresión de crueldad en sus bellas facciones, expresión que las deformaba... expresión que jamás yo había captado, expresión que reflejaba con crudeza la ruindad de su alma y suciedad de sus sentimientos.

—¿Sorprendido, muchacho? —se había puesto en pie, de perfil, dejando que la falda tubo recortara con crudeza la sexual silueta de sus glúteos plenos y armoniosos.

—¿Por qué, Karina? —pregunté a mi vez, apagadamente.

—Porque la vida es así, encanto —se puso ahora de frente y simuló una inclinación como si fuera a rozar mis labios con los suyos.

—¡Zorra!

Iba a lanzarme contra ella con fervientes deseos de estrangularla muy despacio hasta que su lengua de víbora asomara en su totalidad, cuando el frío contacto del cañón de la pistola que Bujold, desde atrás, incrustaba en mi cogote, me detuvo en seco.

—Paciencia, Harvey, paciencia —me dijo el fundador de la BUJOLD'S CONSTRUCTION & Co. Ironizando—: En estas últimas horas te has vuelto muy violento, ¿eh? Me han dicho que andas por ahí dándote de bofetadas con el personal, diciendo palabrotas... ¿Por qué te has vuelto así, Harvey?

—Porque un hijo de mala madre como tú se ha empeñado en complicarme la vida... en convivencia con la perra esta.

—¿Quieres tratar con más respeto a mi... *esposa*. muchacho?

De no saber que me estaban apuntando con un arma habría pegado un brinco. Pero el instinto de conservación se impuso a la sorpresa.

—¿Tu... *esposa*?

—Eso he dicho. Cariño... —le hablaba a ella—. ¿Quieres prepararle un whisky a nuestro amigo Harvey Mason?

La sonrisa de crueldad volvió a estar presente en sus labios sensuales y rojos.

—Será un placer, amor.

—¿Otro sistema de... *suicidio*? —pregunté, pensando en la conveniencia de que debía ganar tiempo hasta que encontrase la forma, el sistema de dar un giro a aquella situación en la que, por el momento, con whisky o sin whisky envenenado, la única

víctima posible era yo.

—Elemental, mi estimado Harvey. Elemental... Fue una pena que los hombres de Santoni fallaran en Los Angeles. Nos habríamos ahorrado esta escena tan desagradable. Y tú, además, te habrías llevado al otro barrio un recuerdo grato e imborrable de Karina como mío.

—O sea, que todo consistía en utilizarme como «camello», ¿no?

—Sí —afirmó Stanley Bujold, que seguía sin moverse de mi espalda y seguía sin retirar el cañón de su arma de mi nuca. Ampliando—: Eras el tipo idóneo, muchacho. Los de la Brigada Antidroga tienen harto fichados a los digámosles «camellos» profesionales. Parece, incluso, que los huelan... Era un riesgo terrible enviar a un clásico con ese alijo a recorrer el continente de este a oeste. Hace ocho meses comenzamos a preparar esta operación...

—¿Por qué andas tú metido en estos negocios, Bujold?

—Porque la construcción no es rentable y la droga deja unos beneficios que te marearían si te los traduzco en cifras.

—Así que ocho meses, ¿eh? Concienzudo y meticoloso, desde luego.

—La idea se le ocurrió a Karina. Siempre se le ocurren a ella las ideas geniales.

—Es una maravilla, lo sé. Sobre todo en la cama

Es por lo único que ha valida la pena —dije, buscando herir su amor propio y sacarle de casillas. Insistiendo e incidiendo sobre el particular de forma casi insultante, al asegurar—: Pienso que conmigo ha llegado a extremos que contigo jamás... tan siquiera insinuará. Es todo fuego y pasión, ¡palabra! Así que estáis casados, ¿eh? Desde cuándo, Stanley, ¿desde cuándo?

—Hace un par de años. Pero Karina se ha mantenido siempre en la sombra para poder moverse con total impunidad llegado el momento... Un hombre de principios como tú no se hubiera acostado con la mujer de su jefe, reconócelo, Harvey. Sin embargo... Karina y yo somos una perfecta simbiosis. ¡Ah!, y no te molestes en pulsar mi fibra celosa porque el arpa de mi corazón no tiene esa cuerda

—Eres un filósofo celestial. Tan celestial y filósofo, como canalla. Fue ella entonces quién se encargó de drogarme y meterme en el tren con la original notita para el revisor, ¿no? Yo, el sábado pasado, no fui a la oficina para nada, ¿cierto?

—Cierto —era la propia Karina quién acababa de responderme, llamando mi atención hacia el vaso de whisky que sostenía entre los dedos de la diestra haciéndolo girar. Prosiguiendo—: Stanley viajó en el mismo expreso, en otro vagón, pero siempre pendiente de ti y de tus posibles reacciones. A veces, el mismo tipo de droga, obra de

forma distinta según la capacidad de reacción de la persona. O su mayor o menor tolerancia al sódico.

—¿Penthotal?

—Narcomenol —me corrigió ella. Y añadió—: Te portaste como todo un señor, querido. Igual de bien que te habías portado entre sábanas... Cynthia cumplió su cometido sin saber prácticamente nada del por qué y fue luego de marcharse ella que Stanley hizo acto de presencia en el apartamento sustituyendo tu maleta por otra exactamente igual.

—¿Quién encamó mi personaje a la hora de abrir esa cuenta corriente? —pregunté, celebrando de que ellos gozaran en el morbo de las explicaciones acerca de su bien urdida maquinación, de la cual, obvio, se sentían muy orgullosos, sobre todo en mi presencia. Celebrándolo, porque ello me daba opción a estudiar una posibilidad desesperada de salir con bien de todo aquel crucigrama criminal, de aquella telaraña que se cernía ya en mí con síntomas asfixiantes. Letales. Arriesgando—: ¿No serías tú, verdad. Bujold?

—¡Oh, no, no! ¡Lo habría hecho muy mal! —exclamó, como molesto por el hecho de que yo dudara de su inteligencia. Insistiendo—: ¡Jamás se me hubiese ocurrido! ¿Te han dicho alguna vez que Hollywood está muy cerca de Los Angeles? ¿Y te han dicho que por las tabernas, clubs nocturnos y demás garitos, pululan una serie de artistas fracasados o de noveles a los que no se les ha dado aún su oportunidad? Se trata de convencerles de que lo que van a hacer puede ser el paso primero a la fama, al estrellato. ¿Entiendes? Una buena caracterización y las banderillas estimulantes de un inicial contrato cinematográfico para una productora real que no tiene arte ni parte en el asunto, es suficiente, fue suficiente para conseguir un perfecto Harvey Mason.

—Entiendo, Stanley Bujold, entiendo. Luego mi «sosias» iba a extraer los 145.000 explicando una historia de inversiones en una constructora, lo cual dejaba perplejo al director de la entidad bancaria y por último, el *suicidio*. Una maravilla.

—¡Bebe! —me conminó Karina, adelantando el vaso hacia mí.

—Maravilloso, si —Bujold se regocijaba en los detalles. Agregó—: Cuando tras tu muerte hubieran empezado las investigaciones policiales en Los Angeles, que conectarían con Nueva York, tu punto de procedencia, donde la policía ya estaba alertada de tu extraña desaparición y tu posible paternidad en el robo de los 150.000 dólares evaporados de la caja de caudales de la BUJOLD'S CONSTRUCTION & Co, la suma del «dos» de allí y el «dos» de aquí, *ipso facto*, les habría dado cuatro. Robo y fuga.

Cuenta corriente... pero pensando después que era peligroso tener el dinero en un banco habías decidido retirar, de pronto, casi la totalidad.

—¿Y por qué no la totalidad si estaba convencido de que había cometido un error abriendo aquella cuenta?

—¡Bebe!

No le hice caso. La ignoré.

—Porque cancelar un depósito bancario en su totalidad a la hora y media de haberlo efectuado podía llamar la atención del director y hacer que éste lo comunicase a la policía. Después de tu muerte, te decía, parece lógico admitir que se cerrara el caso del robo y que las autoridades pensasen que el miedo a enfrentarse con la realidad de tus errores te había abocado al disparo en la sien como solución más fácil. Menos complicada. Y colorín colorado, esta maquinación se ha terminado.

—¡Bebe!

—Y a vosotros que sois tan inteligentes, ¿no se os ha ocurrido pensar que después de que Jim Santoni me diera el nombre de Burt Malden, he pasado por el precinto policial para explicarles la aventura de mi viajecito a Los Angeles? No contaba con la traición de esta perra, pero sí contigo, Stanley Bujold...

—¡Ja, ja, ja, ja! —estalló en sonoras y burlonas carcajadas. Dijo —: Y ahora yo, como en las películas, tengo que revolverme para hacer frente al que me está encañonando por la espalda mientras tú, te abalanzas sobre Karina para hacerla servir de escudo protector cuando me revuelva al darme cuenta de que he sido engañado, ¿no? ¡Harvey, por favor! Después de lo que te he demostrado, ¿piensas que puedo ser tan imbécil?

—*Eres...* —dijo una voz que procedía de la arcada que ponía en comunicación el pasillo procedente de la puerta y el living. Una voz que me sonó a música celestial y que supe procedía de la garganta de Harrison Basinger. Insistió—: Eres un perfecto imbécil además de un canalla, Bujold. Es lo que pienso después de haberte escuchado durante casi media hora. ¡Suelta el arma o te traspaso el cogote!

—¡Aunque me mates lo balearé a él!

El, era yo.

Stanley tenía razón. En parte.

Sólo en parte.

Porque la puntera derecha de mi zapatón, que ahora pensé contenía un pie bellísimo se alzó como una exhalación enviando el vaso por los aires y salpicando el rostro de Karina, comprimido por una mueca de odio y frustración a la vez, causándole también dolor en la muñeca castigada.

—¡Aaaaah!

Tras el zapatón fue todo el cuerpo de un servidor trazando una especie de torniquete en el aire para cruzar a modo de pinza ambos tobillos en el cuello de Karina a la cual, sin excesivos alardes y apenas esfuerzo, hice pasar por encima de mi cuerpo y del asiento que ocupaba, para que se estrellase contra su compinche y marido quien, durante unos segundos y ante mi celérica reacción, había dudado en lo que hacer y que había decidido al fin revolversse, agachado, para disparar contra Harrison.

El golpetazo que le propinó ella le hizo desviar el tiro que se perdió hacia la izquierda, no así el de mi compañero y amigo que se le incrustó en el pecho enviándole atrás, tropezando conmigo que trataba de recobrar la vertical luego de la maniobra efectuada con Karina.

Quiso el destino que como fruto de aquel galimatías que formábamos ella, Stanley Bujold y yo, la pistola que éste empuñaba quedara en línea recta, totalmente recta, con mi entrecejo.

Una sonrisa diabólica floreció en labios de él al percatarse del evento. Y adelantando todavía más el cañón hasta casi rozar con él mi frente, masculló:

—Ser...á lo último. ¡Pero ser...á maravi...lloso!

—¡Mátalo! —rugió ella.

Harrison, ahora, no tenía opción.

Lancé mi diestra con dedos abiertos como garfios para atrapar la muñeca armada de Stanley Bujold y doblarla, doblarla con rabia, doblarla con violencia contra su propio toreo una milésima de segundo antes de que, crispado, le diera al gatillo.

—Muer...e.

¡BANG!

Se contrajo, mirándome con ojos vidriosos. Con dos pedazos de cristal que se estaban preguntando qué era, exactamente, lo que acababa de ocurrir.

—N...o, no e...s...

Era posible, sí.

Stanley Bujold, cerebro de la mefistofélica maquinación tejida en tomo de mi cuello a modo de soga, caía atrás, muerto, chocando su cabeza con fúnebre golpe contra el respaldo de la butaca donde yo estuviera sentado escuchando las diabólicas excelencias de su plan.

Karina quiso hacerse con el arma, pero se lo impedí propinándole un doloroso golpe con el canto de la zurda en mitad de su bello rostro.

Rostro de hiena.

Pero bello aún.

—Ahora sí, víbora —le dije—. Ahora, colorín colorado... bastantes años de cárcel te has ganado. ¡Arriba!

Y me levanté, tirando de ella, violento, hacia arriba.

Harrison Basinger venía hacia nosotros.

—¿Qué tal, compañero?

—Bien... Mejor de lo que podía imaginar en principio. ¡Ah!

—¿Qué ocurre? —me miró con extrañeza.

—¡Bendita la hora en que no me has hecho caso!

Aunque sigo pensando que era mi obligación intentarlo solo.

—Sí... Y la mía seguirte, ¿sabes? Tú eres un tipo que vales, sí. Pero un contable, al fin y al cabo, no está avezado para entendérselas con esta gentuza. Aunque lo has hecho bien. Muy bien... ¿Dónde aprendiste kárate?

—¿No te he hablado nunca de eso?

—Me lo contaras otro día, ¿eh? Afuera hay dos chicas que están preocupadas por nosotros. Sobre todo una que se llama Cynthia. ¿Por qué no sales a decirles que todo ha ido bien, mientras yo telefono a la poli?

—O.K.

Le dirigí una mirada de desprecio a Karina.

Y pensar que había llegado a sentirme culpable por lo que estaba suponiendo una traición... ¡y pensarlo!

Cynthia se me vino al cuello.

Y me incrustó su boca ávida, jugosa, en la mía.

—¡Gracias a Dios! —estalló después, mirándome, tocándome, para cerciorarse de que estaba entero.

—Gracias..., sí —le dediqué una sonrisa. Explicando—: Dios protege a los inocentes.

—Y a los que aman...

Me puse, de pronto, muy serio.

—Oye, Cynthia...

—¿Qué? —me miró con viva alarma en sus ojazos verdes.

—¿Tengo yo los pies feos?

—¡Oh, Harvey, no!

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

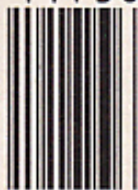
acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España